

JOSÉ FÉNYKÖVI

SENDAS
INCÓGNITAS
En BUSCA DEL
RINOCERONTE BLANCO



CAIREL
EDICIONES

JOSÉ FÉNYKÖVI

SENDAS
INCÓGNITAS
**
EN BUSCA DEL
RINOCERONTE BLANCO





X

EN BUSCA DEL RINOCERONTE BLANCO

PRELIMINARES

La mejor época del año para la caza mayor en Angola, como en las demás partes de África situadas al sur del ecuador, es desde agosto hasta mediados o fines de noviembre. Esta es la época del fin de la temporada seca, cuando los animales salvajes se concentran cerca de los ríos y lagunas, y la hierba alta de las llanuras se ha quemado en gran parte y no estorba la visibilidad. Las quemadas de toda África están provocadas en parte por los rayos que con frecuencia caen durante las tormentas violentas que caracterizan el fin de la época seca. En estas condiciones es fácil encontrar la caza donde no ha sido batida y, además, el viaje, por pistas o sin ellas, es posible incluso por sitios en que durante la época de lluvias son intransitables.



Los vehículos, a la puerta de la casa del autor en Humpata, dispuestos para iniciar la octava expedición.

Este es el motivo de que suela organizar mis expediciones anuales entre agosto y diciembre. En 1956, por ineludibles motivos profesionales, no pude ausentarme de Madrid hasta principios de octubre, y por causa de averías en los tres aviones que sirven la línea Lisboa-Luanda (capital de Angola) mi viaje se retrasó aún más. Cuando por fin llegué a Humpata, era ya el 18 de octubre, y las primeras tormentas, con gran aparato de rayos y truenos, habían aparecido, poniendo en duda el éxito de la expedición.

Antonio, mi fiel mecánico y factótum de mis expediciones, había salido de Madrid mucho antes que yo para tener tiempo de revisar los vehículos

y preparar el material de campamento antes de mi llegada. Pero él tampoco pudo cumplir su cometido, porque el barco, sin previo aviso a los pasajeros, retrasó su salida de Lisboa más de diez días. Así, Antonio llegó a Humpata el mismo día 18 de octubre.

Trabajando intensamente, en tres días tuvimos todo preparado para la salida, gracias a que el año anterior, al terminar la séptima expedición, se había dejado todo en perfecto orden y los inevitables daños que sufren los vehículos y el material durante una expedición habían sido debidamente reparados. Sin embargo, poner todo a punto y repostar para un mes o más de ausencia, por selvas muy alejadas de cualquier punto habitado, constituye un gran trabajo, solamente realizable, en tan poco tiempo, a base de la experiencia de muchos años y una lista minuciosa de todas las cosas indispensables.

La carga del Power Wagon y del *jeep* es un arte en sí. No solamente hay que tener en cuenta lo accidentado del viaje, a través de toda clase de obstáculos que solamente estos potentes vehículos de doble tracción pueden salvar, sino que es útil prever también el vadeo de ríos, posibles lluvias, etc. Por consiguiente, hay que dejar al alcance de la mano, sin que haya que buscar nada y aún menos descargar el camión, todas aquellas cosas que puedan ser necesarias durante un viaje de varios días y noches, hasta que se establezca un campamento. No es tampoco suficiente, por tanto, tener una lista detallada de todo lo necesario, sino que también hay que tener un plan de carga y que cada cosa esté en su sitio. Esto no puede improvisarse, sino que ha de ser el resultado de muchos años de práctica, anotando en las anteriores expediciones cada cosa que entonces hizo falta para incluirla en la nueva lista, excluyendo a la vez todo aquello que sobraba. Antes de la salida definitiva de Humpata, siempre hacemos una comprobación minuciosa.

A la llegada con retraso a Humpata, me esperaba otra contrariedad: mis *pisteiros* mukubales, Kukuya, Petene y Gabriel, a los que mis lectores ya conocen, no habían aparecido. Los tres son hombres de selva con sentidos de vista y oído comparables únicamente a los de los animales salvajes; son valientes y fieles; hombres de constitución atlética y una resistencia física insuperable. Aparte de ser excelentes rastreadores, capaces de seguir una pista invisible para mis ojos, cada uno de ellos tenía ya

Francisco, después de sus estudios, ha cambiado su aspecto.



asignado un cometido especial. Kukuya me seguía como si fuera mi sombra, arma en mano mientras yo filmaba, dispuesto a entregarme el arma en el momento oportuno. Petene aprendió a desollar y preparar los trofeos con un cuidado poco habitual entre indígenas. Gabriel, en cambio, era capaz de levantar pesos increíbles, cargando en el *jeep* alguna pieza abatida o incluso levantar el mismo vehículo si era necesario.

Ellos solían esperarme ya unos días antes de mi llegada a Humpata. Cómo podían saber ellos la fecha de mi viaje, siendo nómadas de las selvas de la Sierra de Chela, o sea, estando incomunicados del mundo, siempre había sido un misterio para mí. En cualquier día en que yo llegara, en agosto o en septiembre, a principios, mediados o fines de mes, ellos se ponían en marcha unos días antes, abandonando sus escondrijos en la selva y con matemática exactitud llegaban a mi casa de Humpata, a veces incluso antes de que el encargado de mi finca recibiera mi telegrama anunciando mi llegada. ¿Telepatía? ¿Sexto sentido? ¡Quién sabe! ¡Uno más de los múltiples misterios de estos seres primitivos de África!

Pero ¿por qué no habían llegado entonces? No tenía explicación el hecho, porque sabía que siempre me acompañaban contentos.

Les retribuía espléndidamente y, además, les daba valiosos regalos: ropa, mantas, adornos para sus mujeres, etc. El año anterior (1955), cuando tuve como invitados, a una cacería de un mes, a los Marqueses de Villaverde y a Eduardo Aznar y esposa, aparte de la paga normal y mis regalos habituales, recibieron otro tanto como propina de mis invitados. Durante la cacería no solamente comieron carne en abundancia, sino también secaron mucha carne al sol, que después llevaron a sus familias. Me pareció que se despidieron muy contentos e incluso con el dinero que ganaron compraron algunos bueyes en Humpata.

Para los mukubales el buey representa la máxima riqueza. Su rango social dentro de la tribu se establece por el número de cabezas que tiene cada uno. Sus mujeres también las compran con bueyes, y una mujer de buena calidad vale de tres a cinco astados. Los bueyes se sacrifican solamente cuando el dueño muere o en las grandes fiestas de ritual, pero nunca los venden, ni los sacrifican para alimentarse. Para su propio sustento tienen la caza que abaten con las lanzas y flechas, y en caso de escasez de caza comen alguna cabra de sus rebaños. Creo, sin

embargo, que ni siquiera utilizan la leche. Desde luego, su alimento preferido es la carne, y, precisamente, a mi servicio siempre la tuvieron en abundancia.

Al final, la explicación probable de la ausencia de mis *pisteiros* me la dieron los Padres de la vecina Misión Católica de Jau, adonde fui al día siguiente de mi llegada, para buscar a Francisco.

Francisco también es mukubal, y era el séptimo año que me acompañaba. Aparte de que tiene todas las cualidades de un excelente rastreador, mostró un extraordinario interés por conocer las cosas de los blancos. Quería aprender a leer y a escribir. Tres años atrás empezó con las primeras letras, durante los escasos momentos de ocio en el campamento. Mientras Kukuya y los demás mukubales se pasaban el tiempo sentados y charlando alrededor de la hoguera, él lo hacía aparte, y con un lápiz repetía infinidad de veces el trazado de las letras sueltas que dibujaba en un cuaderno que le regalé.

Cuando terminó la expedición, le llevé a la Misión Católica de Tchivinguiro, pidiendo al Superior de la Misión, Reverendo Padre Gresser, que le dieran una enseñanza rudimentaria y le convirtieran a la religión católica. El P. Gresser, que lleva ya más de veinte años de trabajo misionero en esta región, me confesó que nunca pudo conseguir que un mukubal se convirtiera a la fe cristiana.

Esta tribu nómada de la Sierra de Chela es la más reacia de las tribus bantús. Se sienten muy superiores —y en efecto lo son— a todos los demás y no se mezclan con otros. No se sienten inferiores a los blancos y, en lo posible, evitan todo contacto con ellos. Solo hace pocos años hubo una verdadera guerra con ellos, y el Gobierno portugués se vio obligado a emplear la fuerza militar para dominarlos. Les mandaba entonces el rey Chindukuto, que, al fin, fue fusilado por los portugueses. Aunque viven dispersos como nómadas, sin formar jamás *kraals* permanentes, observan una disciplina propia y obedecen ciegamente a sus jefes de tribu. Mantienen rigurosamente los ritos paganos y, al igual que los demás bantús, ellos también son polígamos.

En vista de esto, dije al P. Gresser:

—A lo mejor Francisco (su verdadero nombre de tribu es otro) será el primer mukubal bautizado, y quién sabe si su ejemplo no les ayudará

a ustedes a penetrar con la fe cristiana en esta tribu tan reacia a abandonar el paganismo.

Al volver a Angola al año siguiente, Francisco ya había sido bautizado y hecho grandes progresos en el arte de leer y escribir. En el campamento, Kukuya y los demás mukubales le miraban con desconfianza y se apartaron de él, no queriendo ni comer ni dormir al lado suyo. Sin embargo, en las faenas de caza, todos colaboraban juntos como antes.

Terminado el segundo año de estudios en la Misión de Tchivinguiro, Francisco ya sabía leer y escribir correctamente en portugués y había servido de monaguillo en las misas. Cuando fui a buscarle, el P. Gresser me dijo que su comportamiento era intachable y su religiosidad sincera.

Durante la expedición de 1955 los compañeros nativos seguían apartándose de Francisco igual que antes, lo que incluso mis invitados españoles observaron, pero esto no tuvo influencia alguna en las faenas de la caza.

Al terminar la expedición, Francisco me dijo que en la Misión de Tchivinguiro ya no podía aprender más y que le gustaría entrar en el Seminario de Jau. En efecto, la Misión de Tchivinguiro no es una escuela propiamente dicha, sino que es exclusivamente una Misión para catequizar y para la enseñanza laboral.

Llevé a Francisco a Jau, a 32 kilómetros de Humpata, siguiendo su deseo. La Misión de Jau es una de las más antiguas Misiones católicas de Angola y probablemente de toda África. El Superior de la misma, Rvdo. P. Vaz, me contó que los primeros misioneros tuvieron que comprar a los indígenas como si fueran esclavos (los vendedores eran los mismos jefes de tribu o los tratantes habituales de esclavos), catequizándolos y liberándolos después, y los indígenas que hoy trabajan en las huertas de la Misión son descendientes de aquellos.

En esta Misión existe un seminario con sacerdotes profesores para preparar a futuros sacerdotes católicos, tanto blancos como negros. Y, como es natural, en una posesión portuguesa y además institución católica, no hay diferencia de raza o color entre los alumnos, y todos ellos gozan del mismo trato.

Tuve que vencer ciertas dificultades para convencer al P. Vaz de que aceptara a Francisco como alumno a causa de su edad. En realidad,



Los Padres, profesores de la Misión de Jau, con Francisco.

Francisco mismo no sabe cuántos años tiene. Es huérfano de padre y madre. Sus padres murieron durante la mencionada guerra mukubal. Además, rara vez se puede encontrar un indígena que sepa los años que tiene, a menos que haya sido bautizado de pequeño. De todos modos, Francisco representa tener unos diecinueve a veinte años por lo menos, es decir, mucho más de la edad reglamentaria para entrar en un seminario.

Por fin, conseguí persuadir al P. Vaz para que le aceptara, pagando yo su manutención, y excepcionalmente quedó Francisco allí, supeditada, sin embargo, su admisión definitiva a la aprobación del Sr. Obispo de la Diócesis. Así Francisco se quedó en el seminario y resultó tan buen alumno que, con la aprobación del Sr. Obispo, puede continuar allí sus estudios y quizá de *pisteiro* pagano se convierta dentro de algunos años en sacerdote católico.

Como en África no hay secretos, mis nativos, naturalmente, se enteraron de que Francisco estaba en el camino del sacerdocio y probablemente sus jefes de tribu les prohibieron todo contacto con este “renegado peligroso”. Según los Padres Misioneros, esta sería posiblemente la explicación de la ausencia de los que durante tantos años habían sido mis fieles ayudantes. Sea como fuere, el caso es que me quedé sin ellos, pues Francisco mismo dudaba en acompañarme, temiendo que por su ausencia del seminario durante todo el tiempo que durara mi expedición perdiera el derecho de volver a entrar y seguir sus estudios. Las vacaciones de agosto a septiembre, cuando los alumnos están libres, ya habían terminado y las clases se habían reanudado. Solo cuando le prometí hablar personalmente con el Sr. Obispo y conseguir para él el permiso de poder seguir sus estudios a su regreso, prometió por fin venir conmigo.

El día 22 de octubre salía al fin mi expedición de Humpata.

El personal que llevaba esta vez era muy reducido. Antonio, al volante del Power Wagon, llevaba a dos indígenas de la propiedad (Pauna y Lula), ambos buenos criados pero sin ninguna experiencia de la selva, y una criada indígena de mi casa, Teresa, como lavandera. Suponía que sabría también algo de cocina y así sería ella quien relevara a Antonio de sus funciones de cocinero, porque entonces Antonio tenía suficiente trabajo con atender los dos vehículos, limpiar diariamente las armas y tener en orden todo el campamento. Francisco, como único rastreador, venía conmigo en el *jeep*.

Teníamos que llegar el mismo día a Vila Ponte de Artur de Paiva, a 350 kilómetros de Humpata, donde me esperaba Mario, mi ayudante de siempre, para unirse a la expedición. 350 kilómetros para un día de viaje en nuestros vehículos, en pista relativamente buena, no suponen gran cosa, y así salimos, con toda comodidad, a las siete y media de la mañana.

En Sá da Bandeira nos abastecimos de agua potable, en la fuente llamada Nuestra Señora del Monte, que tiene un agua cristalina sin bacterias de ninguna clase y se conserva durante varias semanas sin descomponerse. Llenamos de agua un barril de 200 litros y todos los sacos tropicales.

Según mi plan debíamos llegar a las cinco o las seis de la tarde a Vila Ponte de Artur de Paiva, sin ninguna prisa y almorzando tranquilamente en camino. No contaba, sin embargo, con un obstáculo inesperado que surgió al intentar atravesar el río Cunene, que ya tantas veces habíamos cruzado en expediciones anteriores, utilizando la balsa allí instalada.

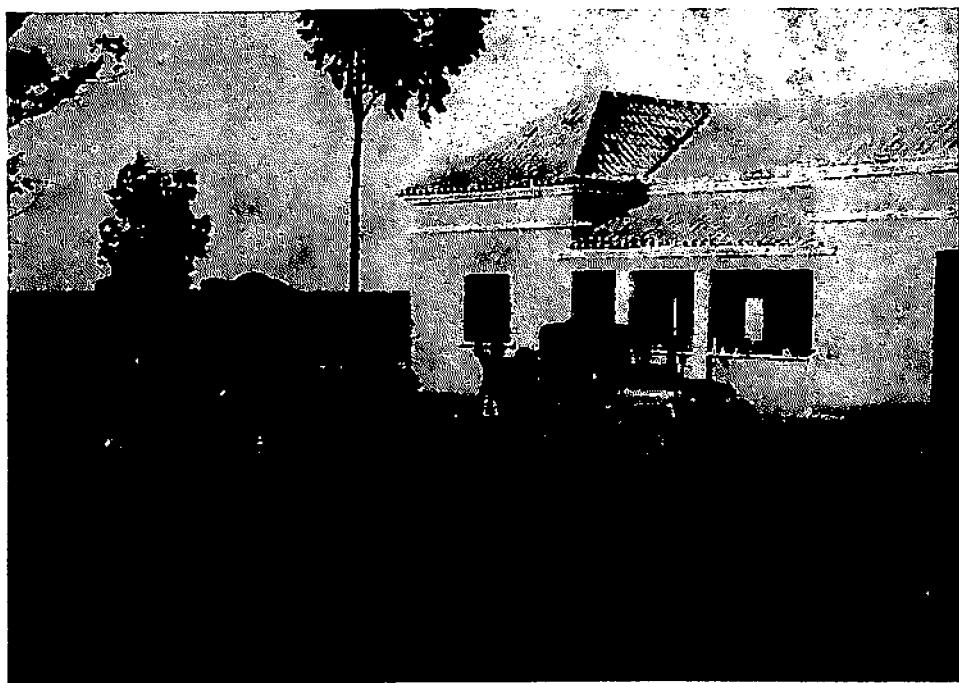
El Power Wagon con toda su carga representaba un poco más de cuatro toneladas, pero la balsa está reforzada y montada sobre unos 40 barriles de gasolina vacíos y es capaz de soportar un peso aún mayor.

Con lo que no contábamos era que el río, después de la pasada temporada seca y año de poca lluvia, tenía un nivel muy bajo, y cuando la balsa llegó a unos quince metros de la orilla, los barriles simplemente tocaron en el fondo arenoso y la balsa, con el camión y todo nuestro cargamento encima, se quedó parada, sin moverse ni hacia adelante ni hacia atrás. Vinieron algunos indígenas y juntamente con mis criados se metieron todos en el agua, hasta por encima de la cintura, y empleando fuertes palos como palancas, intentaron poner a flote la balsa, con el único resultado que la alejaron un poco más de la orilla. Allí volvió a encallar la embarcación, ya firmemente anclada en el fondo de arena.

Mandé entonces descargar una parte de la impedimenta del camión, tan cuidadosamente colocada y amarrada en Humpata, y se instaló todo en un bote al lado de la balsa. Trabajo inútil, porque la balsa siguió inmóvil, sin querer ponerse a flote. Al parecer teníamos que pasar la noche en medio del río y al día siguiente buscar más ayuda en el próximo pueblo de Capelongo, cuando a Antonio se le ocurrió una idea salvadora, aunque al principio parecía tener pocas probabilidades de éxito.



La balsa, con el camión encima, encallada en un banco de arena del río.



Llegada a la casa de Mario, en Vila Ponte de Artur de Paiva.

El Power Wagon tiene delante un cabestrante accionado por el motor del vehículo. Este dispositivo se utiliza en los casos en que el mismo se atasca en la arena o en el barro profundo. Entonces el cabo del cable de acero se ata a un árbol fuerte y el cabestrante, accionado por el potente motor del vehículo, saca al camión con toda su carga del atasco.

Pero, en este caso, el vehículo estaba en medio del río, sobre una balsa y muy lejos todavía de la otra orilla para poder atar el cable del cable a un árbol o a una roca.

La desesperada idea de Antonio era intentar atar el cable del Power al cable-guía de la balsa, que a su vez está firmemente anclado en las dos orillas. Utilizando una piragua indígena —hecha de tronco de árbol excavado—, Francisco llevó el cable de nuestro cable a unos veinte metros hacia adelante, y utilizando las cuerdas que sirvieron para atar la carga, empezó laboriosamente a unir en paralelo los dos cables en un trecho de unos metros.

Terminado este trabajo, calzamos el camión firmemente en la balsa y Antonio puso el mecanismo en acción. Todo dependía de que la unión rudimentaria de los dos cables resistiera el esfuerzo necesario para mover horizontalmente la balsa fondeada con sus barriles sobre un banco de arena. Pero ¡resistió! Ante el asombro unánime de los indígenas —¡y el nuestro también!—, la balsa empezó a moverse hacia las aguas ya más profundas de la orilla opuesta. Una vez a flote ya no había más dificultad que volver a cargar y amarrar con cuerdas todo bien instalado en el bote. Mientras tanto iba oscureciendo y las últimas operaciones tuvimos que hacerlas a la luz de nuestras antorchas eléctricas.

Después de pasar el Power Wagon, el *jeep*, mucho más ligero que el camión, cruzó sin dificultad alguna.

A pesar del cansancio que teníamos, decidimos seguir adelante hasta Vila Ponte de Artur de Paiva. En total 150 kilómetros, al cabo de los cuales llegamos cerca de medianoche, rendidos de cansancio y muertos de hambre.

A esas horas, aquella pequeña población de ocho o diez casas hacía ya mucho que estaba sumida en profundo sueño. Con alguna dificultad logré encontrar al fin la casa de Mario y desperté a todos sus habitantes. Sin ninguna ceremonia, como la cosa más natural del mundo, Mario, su

mujer, el dueño de la casa —un leñador llamado Juan— y su familia se levantaron para acomodarnos y prepararnos la cena.

Desde luego llevábamos todo lo necesario para acampar y comer en camino, pero esto hubiera significado la pérdida de un día entero, cuando ya de por sí disponía de tan poco tiempo para la expedición propiamente dicha. Así, acepté gustoso la espontánea hospitalidad de esta gente sencilla.

A la madrugada siguiente, continuamos nuestro viaje hacia Mucusso, de donde nos separaban aún más de 1.000 kilómetros de pista, incluyendo tres cruces de río en balsas menos seguras que la maldita de Capelongo. Y todo esto para ir en busca del rinoceronte blanco, objetivo principal de la expedición de 1956.



VIAJE Y DIVAGACIONES

El viaje de Vila Ponte de Artur de Paiva a Caiundo —unos 300 kilómetros— se puede hacer siguiendo la pista principal hasta Serpa Pinto y desviándose allí por una secundaria que pasa por la Misión de Capico y que está solamente a 27 kilómetros de distancia de Caiundo. Pero también se puede ir directamente de Vila Ponte de Artur de Paiva a Caiundo por la orilla derecha del río Cubango hasta el mismo Caiundo, con lo que se ahorrán algo más de 100 kilómetros.

Ya conocía este segundo camino también de una de mis travesías anteriores. Este camino, aunque más corto que el otro, es más difícil, porque solo en parte se puede utilizar una pista ya hecha por unos leñadores, mientras que en el resto hay que seguir un antiguo camino bóer.

Decidí hacer el rodeo a través de Serpa Pinto, no tanto porque este camino era más fácil para mis vehículos muy cargados, sino para saludar



La ruinosa casa del Jefe de Puesto de Caiundo.

a mis amigos de Serpa Pinto y aprovechar, al mismo tiempo, la potente estación de radio allí instalada para mandar unos telegramas y establecer aquello como centro para futuras comunicaciones con los puestos aislados de Caiundo, Cuangar, Dirico y Mucusso. Cuangar tiene una estación potente, mientras que los demás solo tienen aparatos de radiotelefonía y pueden comunicar entre sí y transmitir noticias diariamente durante una hora determinada: de ocho a ocho y treinta de la mañana. La estación de radio de Serpa Pinto escucha todas las mañanas las noticias que puede transmitir después: a cualquier centro de Angola, o a través de los servicios telegráficos a cualquier parte del mundo.

Todas estas precauciones pueden ser muy útiles en caso de enfermedad o alguna noticia importante que pueda influir en los planes de una expedición. Claro es que al adentrarse ya en la selva, prácticamente inexplorada e

inhabitada, más allá de Mucusso, se queda uno completamente desconectado. Durante varias semanas este fue mi caso en mis anteriores expediciones, y en la actual, en aquella región. Así se explica que las noticias sensacionales del levantamiento en Hungría y los sucesos del Canal de Suez no llegaran a mi conocimiento hasta mediados de noviembre, e incluso entonces me enteré de todo por verdadera casualidad, como relataré más adelante. Naturalmente, cuando estas noticias, por fin, llegaron a mi conocimiento, inmediatamente me indujeron a suspender la expedición y volver, a marchas forzadas, a Humpata, y de allí, con el primer avión en que pude conseguir plaza, a Madrid.

El viaje de Vila Ponte de Artur de Paiva a Serpa Pinto transcurrió sin ningún incidente. Tampoco vimos nada de particular en el camino, a pesar de que, en expediciones anteriores, por esta pista siempre había visto mucha caza, especialmente antílopes y jabalíes. Entonces la caza parecía haber emigrado de la región, como consecuencia de la construcción del ferrocarril entre Capelongo y Serpa Pinto, que estaba en plena ejecución. El movimiento de los camiones con material, las brigadas de obreros y la siempre mayor explotación de maderas de los bosques de los alrededores han sido la causa de la natural disminución, casi desaparición, de la caza en la vecindad de la pista.

Serpa Pinto, donde llegamos a mediodía, es una pequeña agrupación de casas, de algunos funcionarios y comerciantes. En una colina se encuentra la estación de radio, y al lado hay un pequeño hospital. En el edificio de la radio vive el matrimonio Saraiva. El señor Saraiva es el Jefe de Correos y único operario de la estación. Nos conocemos desde hace años, y ellos nos reciben como a antiguos amigos, ofreciéndonos, con una hospitalidad generosa, todo cuanto tienen en su modesto hogar. Desde luego, nunca permiten que comamos de nuestras provisiones, y tenemos que aceptar la comida que amablemente nos ofrecen.

Llegamos a Serpa Pinto el día 23 de octubre (1956), precisamente el mismo día del levantamiento heroico del pueblo húngaro. Pero de todo esto nosotros allí no sabíamos nada, a pesar de estar entre potentes aparatos de radio-escucha y transmisión. Pero también es verdad que a ninguno de nosotros se le ocurrió escuchar ninguna emisora de noticias durante el corto tiempo que permanecimos allí.

En aquel momento, mi mayor preocupación fue averiguar si Cuangar podría abastecerme de gasolina, mejor dicho, si podría repostar allí, después de los 450 kilómetros de camino que nos separaban desde Serpa Pinto. Después de obtener la contestación afirmativa de que en Cuangar había gasolina disponible, y una vez enviados unos telegramas, emprendimos el viaje para seguir hasta Caiundo.

La pista de Serpa Pinto a Caiundo es ya una pista secundaria y poco frecuentada y de bastante difícil travesía. Pero esta dificultad se ve sobradamente compensada por los preciosos paisajes y maravillosas vistas durante todo el recorrido: bosques abiertos alternan con bosques espesos en un terreno ondulado que, de vez en cuando, se abre formando enormes valles con praderas inmensas. Menudeaban rastros frescos de toda clase de animales, incluso elefantes, pero entonces no era la caza en general nuestro objetivo. Nuestro viaje tenía un fin determinado: la búsqueda de aquel rinoceronte extraño cuyos rastros había visto en mi expedición del año 1954. Supuse entonces que aquellos rastros tal vez podrían pertenecer al rinoceronte blanco, considerado como casi totalmente extinguido en África y especialmente al sur del ecuador.

Podría ahora surgir una pregunta: ¿cómo era posible suponer la existencia del rinoceronte blanco únicamente a base de haber visto dos años antes unos rastros especiales? Y también, ¿qué esperanzas puede tener un cazador de volver a encontrar, al cabo de dos años, un animal cuyos rastros le llamaron entonces la atención?

Sin embargo, esto último no es tan extraordinario como pueda parecer a simple vista. Se trata de una región que está más allá de Mucusso, en dirección N-NO, donde hay muy pocos habitantes indígenas y donde no llegan los cazadores, y, por tanto, la caza no está perseguida.

Si se vuelve al sitio, en la misma época del año, existe una gran probabilidad de encontrar los mismos animales que pastan y beben en los mismos lugares. Esto es especialmente cierto en el caso de que se trate de paquidermos solitarios, sean elefantes o rinocerontes, como ya se demostró el año anterior, cuando logré abatir el elefante récord, cuyos rastros había visto en el viaje precedente.

Que en aquella región pueda existir el rinoceronte blanco, no es pura teoría, porque hay muchos indicios de su existencia, aparte de las

descripciones y trofeos de antiguos cazadores, como Anderson y Selous, que mataron numerosos ejemplares de esta especie en la segunda mitad del siglo pasado. Aunque ellos mismos no cazaron en esta región, sin embargo, anduvieron por las colindantes. También pueden tener su significado las indicaciones de los indígenas y especialmente sus dos diferentes denominaciones para los rinocerontes, siendo *Chimpanda* el nombre del rinoceronte común y *N'Gava* el del rinoceronte distinto del común, que bien pudiera ser el rinoceronte blanco. Aparte de esto, algunas indicaciones de cazadores bóers demuestran igualmente que aún puede existir el rinoceronte blanco. Además, hay que tener en cuenta que en África del Sur, en la reserva zulú creada por el Gobierno de la Unión Sudafricana, existen hoy día, aproximadamente, una docena o más de rinocerontes de esta especie. Precisamente, poco antes de salir para Angola, y en Madrid, pude ver, en sesión privada, una película de estos mismos rinocerontes blancos hecha por el famoso fotógrafo inglés Quentin Keynes.

¿Por qué entonces no pueden existir en aquella inmensa región entre los ríos Cuito, Cuando y Cubango, prácticamente inexplorada, supervivientes de esta raza, cuando indudablemente existieron antes e incluso existen hoy en regiones relativamente vecinas?

Además de todas estas razones, también me indujo a esta creencia un hecho del que fue protagonista el gran cazador doctor Simões. Él mismo me contó que en la región de Mavinga, en cierta ocasión, fue atacado por un rinoceronte de tamaño descomunal, que él supuso ser un ejemplar de rinoceronte blanco, y del que tuvo que huir por no llevar en aquel momento arma adecuada.

He de añadir a esto que dos años atrás, en ocasión de mi viaje Mucusso-Mavinga, a través de aquellas regiones inexploradas, encontré un rastro enorme cuya fotografía incluimos ya anteriormente. El rastro descomunal, por su tamaño y su forma, era de rinoceronte. El rastro del rinoceronte negro es ovalado, como todos los cazadores africanos saben; mientras que el hallado era más bien redondo, parecido al de la pata delantera de un elefante joven. Lo más sorprendente no fue, sin embargo, el rastro en sí, sino el surco que lo acompañaba durante largo trecho, y precisamente este surco fue el que me dio la impresión o casi seguridad

de que se trataba del rinoceronte blanco. En todas las descripciones conocidas de este se indica que el animal, contrariamente al rinoceronte negro, que se alimenta de hojas de árboles, come hierba. La principal diferencia entre ambos no es solamente que el blanco es mucho mayor, sino la forma del morro. El blanco tiene un morro más ancho, parecido al morro del bovino; mientras que el negro lo tiene similar al del caballo, con el labio superior colgante y formando casi como una pequeña trompa para coger mejor las hojas y ramas. Aparte de las señaladas, otra de las características del rinoceronte blanco es que arrastra la cabeza tan a ras del suelo que con el cuerno delantero va rozando el mismo y así hace un surco. Y este surco era el que acompañaba los rastros que yo había visto y que me aseguraba que se trataba de un rinoceronte blanco o, por lo menos, de un animal de semejantes costumbres y hábitos.

En 1955 fui en busca de este mismo animal o indistintamente en busca del elefante récord, con el resultado de que encontré primero el elefante. Naturalmente, entonces ya no tenía ni tiempo ni medios para buscar el rinoceronte, porque la caza, desollar, preparar y transportar la piel y despojos del elefante récord me ocuparon todo el tiempo y elementos disponibles. Así que en la presente expedición el principal objetivo era la búsqueda del rinoceronte blanco, y, por tanto, no tenía interés alguno en detenerme en camino para cazar.

Mientras pensaba en todo esto, pasaron las horas del viaje, forzosamente lento a causa del mal estado de la pista.

Con luz del día llegamos por fin a la Misión de Capico. El Padre Wenceslao, misionero portugués, salió a saludarme con su proverbial amabilidad y nos ofreció que nos quedáramos a cenar y dormir en la Misión. Esta Misión es regida por el Padre Wenceslao con ayuda del misionero español Hermano Fermín, oriundo de Pamplona, ¡cómo no!... Precisamente el Hermano Fermín no estaba en aquel momento, porque había salido con la escopeta para ahuyentar a unos antílopes que habían adquirido la mala costumbre de comer en la huerta, con el resultado de que algunas veces, según la suerte y puntería del Hermano, los componentes de la Misión comían carne de antílope. El Padre Wenceslao me contó que aquella misma mañana había visto,



El Padre Wenceslao y el Hermano Fermín (navarro), a la entrada de la Misión de Capico.

desde la misma puerta de la casa, un grupo de kudus a unos cientos de metros. Desde luego, la caza abundaba por allí.

Nuestra charla se prolongó hasta que al fin llegó Antonio con el Power Wagon, que siempre se queda un poco rezagado a causa de la gran carga que lleva.

A pesar del amable ofrecimiento del Padre, decidí continuar el camino inmediatamente para llegar a Caiundo antes de la caída de la noche, teniendo en cuenta que aún nos quedaba por atravesar el río Cubango en balsa. Sinceramente sentí tener que renunciar a su hospitalidad y causar, al mismo tiempo, un desengaño al Hermano Fermín, a quien siempre le gusta charlar un rato en español y contar y oír historias de caza. Pero, por otra parte, sabía por experiencia que si no atravesábamos con la balsa de Caiundo antes del anochecer, al día siguiente perderíamos mucho tiempo en la travesía y también con la correspondiente visita y conversación con el Jefe de Puesto de Caiundo. En cambio, si salíamos al momento y llegábamos a Caiundo de noche, tendríamos tiempo suficiente para charlar y salir a la madrugada siguiente sin perder más tiempo.

Así nos despedimos del misionero y seguimos nuestro camino hasta el río, donde encontramos la balsa en tan mal estado, que no podía transportar el camión cargado.

Mario y yo, con el *jeep* en la balsa, pasamos fácilmente al otro lado del río, y al llegar a la casa del Jefe de Puesto ya se nos hizo de noche. Encontramos la casa cerrada, y un indígena nos dijo que el Jefe y su señora se ausentaron por unas semanas y habían ido a Silva Porto, por enfermedad del primero.

Volvimos nuevamente al río para recoger algunas cosas que precisábamos para la noche, y dejamos el Power al otro lado, dando instrucciones al personal para que descargaran todo porque a la mañana siguiente, a primera hora, intentaríamos trasladar el Power y su carga separadamente.

La casa del Jefe de Puesto de Caiundo tiene una veranda y allí coloqué mi cama de campaña, mientras Antonio y Mario tendieron simplemente sus colchones en el suelo. Comimos algo de nuestro rancho y nos echamos a dormir.

Desde el año anterior, la diferencia que ahora observábamos en Caiundo era notable. La casa parecía en un estado de abandono próximo

al derrumbamiento, igual que la balsa, que entonces pudo transportar el Power con toda su carga encima y ahora, en cambio, nos causaba verdadera preocupación si podría pasar el mismo vehículo totalmente descargado. Después nos enteramos de que tal aparente abandono era debido a que estaban construyendo una balsa y una nueva casa para el Jefe, y en vista de ello ya no seguían con los trabajos de mantenimiento de lo antiguo.

Enfrente de la casa hay una modesta capilla, construida, al parecer, en tiempos de las luchas de pacificación, cuando la casa que ahora va a ser abandonada o destruida definitivamente era un puesto militar avanzado de las tropas portuguesas. La capilla sigue allí, solitaria, a unos cientos de metros, y en lugar de fieles, la visitan, de vez en cuando, los leones que merodean por las cercanías. Allí mismo, desde la ventana de la capilla, mató en cierta ocasión un león el entonces Jefe de Puesto de Caiundo, señor Cochat, como ya relatamos. Y también allí, unas semanas antes de mi llegada, unos cazadores americanos mataron otro león a la espera. Es curioso que precisamente los alrededores de esta capilla sean un sitio tan atractivo para los leones.

Aunque en ninguna de mis expediciones he tenido ocasión o necesidad de usar mis armas para defender el campamento o abatir algún animal peligroso en las inmediatas cercanías del mismo, siempre tengo una o dos cargadas al alcance de mi mano al acostarme.

También, fiel a mi costumbre, dejé mis armas preparadas, y lo mismo hizo Mario, que las dispuso al lado del colchón. No pasó nada en toda la noche, salvo que las palomas, que tenían sus nidos en el destartalado techo de cañizo de la veranda, dejaron sus tarjetas de visita sobre nuestras mantas.

En la primera hora de la madrugada ya estábamos en pie y poco después aparecieron los barqueros, con los que bajamos al río para empezar la tarea del traslado del Power y su carga. La operación era bastante peligrosa, porque la balsa, montada sobre unos tambores de gasolina vacíos, había perdido parte de ellos y otros estaban llenos de agua. Al pasar encima el camión, con su peso tara de casi tres toneladas, se inclinó peligrosamente hacia un lado y el agua casi llegó hasta las mismas traviesas de madera que forman la plataforma de la balsa. Por fin el Power llegó a nuestra orilla y ya no nos quedaba más que traer la carga en un segundo viaje, que era ya trabajo más fácil.



Almuerzo en camino.

Levantarse con los primeros rayos del sol, especialmente en viaje, siempre tiene grandes ventajas. En este caso, ya a las 8.15 de la mañana estábamos dispuestos para salir de Caiundo con el Power nuevamente cargado y ganando así muchas horas de luz.

A unos 140 kilómetros de Caiundo paramos para almorzar. Elegimos un alto desde donde disfrutábamos de una vista maravillosa sobre el río Cubango. Como Mario y yo nos habíamos adelantado bastante con el *jeep*, esperamos allí la llegada del Power, conducido por Antonio, que traía las provisiones.

En camino, solo de lejos vimos algunos antílopes *Reedbuck* pastando cerca de la orilla del río, y aunque hubiese supuesto una variación en la comida, hasta entonces compuesta exclusivamente de conservas, no me decidí a llegar a ellos, por parecerme el terreno bastante pantanoso. Quería alcanzar cuanto antes el objetivo de mi viaje y no entretenérme en cazar para la comida.

Mientras esperábamos a Antonio, limpiamos un poco el sitio donde íbamos a almorzar, encendimos una pequeña hoguera y comprobamos las armas tirando algunas balas al tronco de un árbol a unos cien metros de distancia.

Aunque yo suelo comprobar habitualmente las armas antes de salir de Humpata, esta vez no pude hacerlo por las prisas de los preparativos, y así aproveché esta primera parada para comprobar la puntería.

Por fin llegó Antonio con el Power y se preparó el frugal almuerzo. Incluso gozamos después de una corta siesta a la sombra de un árbol.

El cacareo de unas gallinas de Guinea, que entre la hierba alta avanzaban hacia el río, me despertó, y, escopeta en mano, salí en busca de ellas, siguiendo su característico ruido, con la intención de abatir unas cuantas. La carne de estas aves es muy semejante a la de la gallina, tan blanca y muy suculenta, convenientemente preparada. Es uno de mis alimentos preferidos durante las cacerías y, además, son relativamente fáciles de cazar. Solo al sentirse perseguidas levantan el vuelo, pero en el aire también es fácil abatirlas e incluso hacer dobletes, hasta con perdigón n.º 6. En tierra precisan perdigón más grueso, porque el denso plumaje las defiende de los perdigones. Pero aunque anduve detrás de ellas durante casi un kilómetro, bajo el sol ardiente, no conseguí alcanzarlas a distancia de tiro y tuve que volver con las manos vacías.

Mientras tanto, Antonio y el personal cargaron las pocas cosas que habíamos utilizado durante el almuerzo y emprendimos la continuación del viaje. En la pista buena llegamos a cubrir los cien kilómetros que nos faltaban hasta la balsa de Cubango en dos horas, velocidad muy buena para aquellas condiciones.

Como siempre, perdimos mucho tiempo al llegar al río hasta que logramos encontrar a los barqueros, siempre dispersos. Afortunadamente, la balsa estaba en buenas condiciones y ni siquiera tuvimos que descargar el camión.

Después de atravesar el río Cubango, por allí ya muy ancho, seguimos nuestro camino hacia Cuangar, donde llegamos ya al anochecer. Paramos delante de la casa de mi amigo Luis Carlos Moita de Deus, Administrador de Cuangar, el cual nos recibió muy amablemente, con su habitual hospitalidad.

El señor Moita de Deus tenía precisamente unos visitantes que habían pasado unos días allí, y a los que me presentó. Ambos eran funcionarios en servicio de inspección, y uno de ellos, el señor Victorio Pereira, un conocido cazador deportivo del norte de Angola.

El señor Pereira quería aprovechar su estancia en aquella remota región de Angola para cazar un búfalo, lo que, en efecto, logró después de una accidentada persecución a pie, en la orilla del río Cuito, cerca de Dirico, donde fue acompañado por el señor Moita de Deus.

El señor Pereira conoce muy bien la caza del búfalo, porque ya abatió varios centenares de *pacassas*, una variedad del búfalo, que abunda en el norte de Angola, hasta en las mismas cercanías de la capital, Luanda.

A pesar de que la fiereza de la *pacassa* (*Dwarf buffalo*), sus costumbres vengativas, hábitos, etc., son muy semejantes a las del búfalo negro (*Cape buffalo*) del sur, al señor Pereira le pareció que la caza del búfalo negro, cuyo peso y tamaño es alrededor del doble del de la *pacassa*, bien merecía una persecución de un día entero.

Aprovechando la animada conversación entre cazadores, escuché con mucho interés los relatos del señor Moita de Deus sobre las actividades cinegéticas ocurridas desde mi último paso por Cuangar un año atrás. Resultó que, en parte por mis propias publicaciones sobre la suerte que tuve en la expedición del año 1955 al abatir el elefante récord de

corpulencia, varios cazadores, tanto portugueses como extranjeros, visitaron aquella región, y el señor Moita de Deus estuvo contándome los resultados que habían obtenido estos cazadores.

Un grupo de portugueses, procedentes de Lobito, vieron coronada con éxito su excursión a tan gran distancia abatiendo diez elefantes, casi todos ellos de excelente tamaño y con buenos colmillos. Al volver de mi cacería, en Sá da Bandeira, pude ver algunos de estos colmillos ya destinados para la exportación del marfil. Su peso oscilaba entre 20 y 40 kilos cada uno, es decir, que para Angola eran muy buenos. Y su precio probablemente justificaría, al menos en parte, los gastos de la expedición.

También habían pasado por allí unos cazadores deportivos americanos procedentes de Texas, acompañados por el mismo cazador profesional que acompañó a los portugueses. Estos también abatieron dos o tres buenos ejemplares de elefantes solitarios, cuyos colmillos se llevaron como trofeos. Y por último estuvieron en aquella región unos cuantos cazadores extranjeros que no merecen ser calificados como deportivos, porque su principal interés consistía en la carne y el marfil, o simplemente la destrucción de la caza, para lo cual cualquier método era bueno, tirar desde el *jeep* en marcha, etc. Pero las intenciones de tales carníceros se vieron bloqueadas, porque la Comisión Central de Caza de Angola envió especialmente un fiscal para controlar sus actividades y, en lo posible, limitarles a cazar únicamente el número de piezas para las que tenían licencia.

Era completamente insólita esta afluencia de cazadores en región tan apartada y de tan difícil comunicación. Aunque lejos de ser yo el primero que estuve cazando en aquellas tierras, que los portugueses llaman el fin del mundo, los cazadores que habían pasado por allí antes fueron muy pocos y procedían principalmente del otro lado de la frontera —de la Unión Sudafricana—, donde hay muy grandes y severas restricciones para la caza, mientras que en el lado angoleño las restricciones habían sido nulas durante unos años y suaves en los últimos tiempos, con tendencia, desde luego, a aseverar el cumplimiento de la nueva ley de caza.

Mientras el precio de la licencia de abatir un elefante siga tan bajo como es actualmente —700 escudos— y no haya limitación de número de licencias por año y por persona, la caza del elefante en Angola será para algunos un pingüe negocio, aunque no sea más que por el valor del

marfil e incluso sin contar con la posible utilización de la carne. En Kenia, por ejemplo, la licencia para abatir un elefante cuesta diez veces más que en Angola, y no se da autorización al cazador más que para abatir dos elefantes por año.

Sería, pues, una pena si cazadores no deportivos, interesados únicamente en el valor del marfil, pieles y carne, destrozaran la riqueza cinegética de este, probablemente, último rincón de África que todavía está poco explorado.

Las medidas enérgicas que el Gobierno portugués y las autoridades de Angola están tomando a este respecto tienen la finalidad de salvar la fauna y, al mismo tiempo, fomentar el turismo y la caza deportiva.

El interés de los deportistas hacia la región que nos ocupa es muy reciente, y, sin duda alguna, contribuirá no solo al mejor conocimiento de la misma y su fauna, sino que también llevará afluencia apreciable de moneda extranjera que redundará en beneficio de la economía del país.



DE NUEVO EN LA “PICADA GIÃO”

El señor Moita de Deus, como siempre, muy amablemente, nos propuso compartir con ellos la cena y nos sentamos alrededor de la hospitalaria mesa presidida por su señora. Durante la misma y la sobremesa seguimos con nuestra animada charla sobre cosas de caza y de pesca. En cuestiones de pesca me confieso ignorante, pero el señor Moita de Deus es un gran aficionado a este deporte y nos contó cosas muy interesantes sobre la pesca del pez tigre, que abunda en el río Cubango.

Mario y Antonio cenaron de prisa y se ocuparon de llenar los depósitos de gasolina hasta el tope, porque no teníamos seguridad de que en Runtu, puesto fronterizo de la Unión Sudafricana y único sitio donde todavía podríamos encontrar gasolina más adelante, tuvieran existencias de tan precioso líquido.



Runtu. En el centro, la casa redonda de las enfermeras finlandesas.

Ya era noche cerrada cuando todo quedó preparado y yo insistí, a pesar del repetido ofrecimiento del señor Moita de Deus de quedarnos a pasar la noche en su casa, en seguir adelante y acampar en camino.

Estábamos en viaje a las cinco de la mañana y a todos nos apetecía mucho descansar, pero decidí seguir el viaje de noche, para cubrir, al menos, la mitad del camino hasta Runtu y poder llegar allí a primera hora de la mañana. Esto significaba que tendríamos que dormir en camino, sin establecer campamento para no perder tiempo con su instalación.

La pista desde Cuangar hasta Runtu sigue la orilla izquierda del río Cubango y no presentó dificultad alguna para nuestros vehículos, salvo en los últimos 60 o 70 kilómetros, donde la arena es profunda y los vehículos que no tienen doble tracción corren el peligro de atascarse.

Seguimos adelante en plena oscuridad, iluminada a veces por las descargas eléctricas de una lejana tormenta en el este. A la luz de los faros del *jeep*, que, como siempre, lo llevábamos en cabeza, a veces brillaban los ojos de algún antílope u otro animal pequeño, cosa muy frecuente en los viajes nocturnos en África.

De repente, a nuestro frente y con gran sorpresa, vimos surgir de la oscuridad un gran bulto, que resultó ser un camión con los faros apagados. Nos sorprendió bastante el encuentro, porque si hubiera pasado algún vehículo por aquella pista, forzosamente tenía que venir de Dirico y el señor Moita de Deus tendría conocimiento de ello, y, naturalmente, nos lo hubiera comunicado.

Paramos a unos metros antes de llegar al camión y vimos que dos hombres blancos, ayudados por unos cuantos indígenas, intentaban infructuosamente poner el motor en marcha. Les preguntamos qué era lo que les ocurría y si podíamos ayudarles en algo. Nos contestaron que no lograban poner en marcha el motor porque el acumulador estaba agotado y sus intentos con la manivela habían resultado inútiles. No se me escapó en el tono de la conversación que los dos ocupantes blancos del camión, aunque evidentemente sabían que nosotros podríamos ayudarles, nos miraban con cierto recelo rayando casi en hostilidad. Mario también se dio cuenta de ello, pero al fin solicitaron nuestra ayuda, que consistió simplemente en que con nuestro *jeep* empujamos el camión unos metros hasta que conseguimos que el motor arrancara. Una vez puesto a flote el camión, seguimos el viaje.

Los relámpagos que se veían al este se iban acercando cada vez más y más y oíamos el lejano ruido de los truenos. Aunque a fines de octubre todavía no es época de lluvias en la región, aislados chubascos y tormentas suelen ser frecuentes en las fechas en que nos encontrábamos.

Era ya casi medianoche cuando llegamos a un sitio donde la pista atraviesa una mancha de bosque con árboles bastante grandes. Decidimos parar y esperar la llegada de Antonio, que no podía estar muy retrasado.

Como siempre, lo primero que hicimos fue encender una hoguera, y al llegar Antonio rápidamente montamos dos tiendas de campaña, una para mí y otra para Mario y Antonio. Normalmente, en paradas tan cortas, no solemos instalar las tiendas, pero entonces las montamos en vista de la posible lluvia. La tormenta tropical seguía acercándose y empezaron a caer algunas gotas. Los truenos eran ensordecedores y las descargas eléctricas cada vez más aparatosas.

Mandé colocar el camión, que, entre otras cosas, llevaba más de 1.000 litros de gasolina, un poco alejado de las tiendas de campaña y discutí con Mario sobre si habíamos hecho bien o no en acampar entre árboles por el peligro que suponían los rayos.

La regla conocida es que cuando hay tormenta se debe evitar ponerse debajo de un árbol, porque el rayo, generalmente, cae en árboles o puntos que sobresalen. Por otra parte, una tienda de campaña o una choza, en un sitio sin árboles, también es un punto sobresaliente, y precisamente un día antes de mi salida de Humpata, en mi misma finca, cayó una chispa en la choza de uno de los indígenas. Afortunadamente, no hubo más consecuencias que el incendio de la misma, y el único ser viviente que estaba en aquel momento cerca, un perro, murió electrocutado. Por fin, ambos optamos por que era mejor quedarnos entre los árboles, y colocamos las tiendas de campaña en un pequeño claro, alejado de los grandes troncos, por si caía un rayo en los mismos.

El camión con toda la carga y la gasolina, y sus ruedas de goma, alejado de los árboles altos, lo dejamos un poco más allá de las tiendas de campaña. Nuestra criada indígena, Teresa, igual que las noches anteriores del viaje, durmió en la cabina del camión.

Afortunadamente, la tormenta, aunque muy aparatosas, pasó un poco más al norte de donde nosotros estábamos, y a pesar del ruido espantoso

de los truenos, pronto nos venció el sueño producido por el cansancio de diecisiete horas de viaje. Después de dormir sólo cuatro horas, levantamos otra vez el campamento y seguimos nuestro viaje hacia Runtu.

El terreno de la pista era ya difícil de atravesar, por ser sitio ondulado con arena muy profunda. Hay que emplear muchas veces, y especialmente en el Power, la velocidad más baja y la doble tracción, con el consiguiente mayor consumo de gasolina. Precisamente por este motivo tenía mucho interés en llegar a buena hora a Runtu, con la esperanza de encontrar allí gasolina para sustituir lo gastado en el camino desde Cuangar y seguir adelante con depósitos llenos y reservas intactas.

Eran las nueve de la mañana cuando, desde una colina que atraviesa la pista, vimos aparecer las pocas casas del poblado, dispersas en la otra orilla del río.

Las dos o tres canoas que tiene el Puesto estaban en la otra orilla y tuvimos que llamar la atención de los habitantes golpeando con un martillo un tubo de acero, hasta que por fin un criado indígena de la administración se dio cuenta de nuestra presencia, bajó a la orilla y con una canoa vino a buscarme.

Al pasar el río, el criado indígena me comunicó que el Comisario, Mr. Krüger, no estaba en Runtu, pero volvería al día siguiente de un viaje de servicio. La única persona de la administración a quien encontré al subir la empinada cuesta desde el río fue al ayudante del Comisario, Mr. Booyse, y gracias a su intervención me concedieron la gasolina que necesitaba. Tan pronto me dieron el permiso para adquirirla, el comerciante envió una canoa por mi personal que tenía que traer los bidones vacíos, llenarlos y volverlos a llevar al otro lado. Mientras tanto, yo aproveché el tiempo para visitar la casa de las dos enfermeras misioneras finlandesas, que, como de costumbre, me invitaron a almorzar con ellas. Viven en una casa redonda muy graciosa y en el interior, a pesar de una sencillez extraordinaria, en todo detalle se nota la influencia de la cultura nórdica.

Las dos enfermeras llevan ya años en África y forman parte de una Misión religiosa finlandesa que se dedica principalmente a la obra humanitaria.

Sin duda alguna se necesita gran abnegación y religiosidad para que estas señoritas dediquen los mejores años de su juventud a curar enfermos

Las dos enfermeras que forman parte de una Misión religiosa finlandesa dedicada a la obra humanitaria.



indígenas, incluso leprosos, en un sitio tan alejado del mundo civilizado y sufriendo las inclemencias del clima africano. Consuela encontrar en este mundo, tan egoísta y cruel, personas que tienen tan elevado espíritu de sacrificio.

A las tres y media de la tarde ya estaba todo preparado para seguir adelante, y después de despedirme de mis amigos de Runtu, que significaba al mismo tiempo la despedida de la civilización hasta que regresara de mi expedición, emprendimos nuevamente la marcha.

El calor a esas horas era bastante grande, pero con el *jeep* abierto no lo notábamos tanto. Adelantamos rápidamente para aprovechar las pocas horas de luz que aún nos quedaban y, en efecto, poco antes de anochecer llegamos a nuestro antiguo sitio del campamento, en la orilla del río Cuito, al lado de la balsa.

Antonio llegó bastante más tarde y poco después montamos un campamento provisional, parecido al de la noche anterior, mientras preparábamos la cena. Dejé para el día siguiente la visita a mi amigo Enrique Albertino de Sousa, Jefe del Puesto portugués de Dirico, que podría hacer mientras Antonio y Mario estuvieran ocupados con el traslado del Power y el material del campamento a la otra orilla del Cuito. La balsa de este río está en buen estado, pero es de poca capacidad y es preciso descargar el camión para hacer el traslado por separado. Yo podría aprovechar este tiempo no solo para charlar con el señor Sousa, sino también para enviar mis últimas noticias por el aparato de radiotelefonía antes de internarme en la selva.

La noche transcurrió tranquila, y solamente los bufidos del hipopótamo, que ya consideramos como viejo amigo, rompieron el silencio de la noche. Este hipopótamo debe ser un viejo solitario que vive en esta parte del río y suele salir de noche en el cañizal vecino a nuestro campamento. Ya varias veces vimos sus rastros a pocos metros de nuestras tiendas de campaña. Los barqueros de la balsa le conocen muy bien. Es un poco gruñón, pero inofensivo.

A las siete de la mañana, según lo previsto, mientras Antonio y Mario estaban ocupados con el transbordo de las cosas a la balsa, salí en *jeep*, acompañado por Francisco, hacia Dirico, a 16 kilómetros de distancia, para llegar allí antes de la hora de la comunicación radiotelefónica.



El río Cuito visto desde nuestro campamento.

El señor Sousa y familia me saludaron como antiguo amigo y, como de costumbre, me invitaron a desayunar con ellos. Por radiotelefonía preguntamos a la estación de Cuangar si tenían alguna noticia para mí, y nos contestaron negativamente. A continuación transmitimos dos telegramas, uno para Humpata y otro para Madrid, indicando que en las próximas tres semanas no esperaran noticias mías. Resulta curioso que cuando estuve en Dirico, el 26 de octubre, no sabían nada, ni tampoco dijeron nada desde Cuangar respecto al levantamiento de Hungría que hacía ya más de dos días estaba en plena efervescencia. Era extraño; pero, sin embargo, la verdad fue que a pesar de los grandes adelantos en las comunicaciones radiotelefónicas y telegráficas, noticias tan importantes no llegaron a estos sectores alejados de la tierra, mejor dicho, pasaron por el éter sin ser captadas.

En el puesto fronterizo de Dirico no vive más que el Jefe de Puesto, señor Sousa, con su esposa y tres hijos pequeños, y un comerciante de selva, señor Pires. Este me vendió unos cuantos chuscos de pan fresco, que sería el último que saborearíamos hasta nuestra vuelta a Dirico, y un garrafón de un cierto líquido que se titulaba vino.

Mientras estuve allí, el señor Pires me contó, con alguna exageración, algunas escenas de lo sucedido a los cazadores que habían pasado por allí unas semanas antes. Entre otras cosas, me dijo que un cazador profesional que acompañó a dos deportistas americanos encontró un elefante de tan extraordinarios colmillos, que el animal no podía levantar la cabeza por el peso y los arrastraba por el suelo. Este elefante era tan terrible, según dijo el señor Pires, que el cazador profesional no se atrevió a enfrentarse con él, sino que hizo una *mutala* puesta en un árbol alto en el sitio donde el elefante solía venir a beber para abatirlo desde allí. Pero el viejo solitario no volvió al bebedero. El profesional decidió entonces seguir sus rastros y salió acompañado por unos *pisteiros* de una tribu de kamusequeres. Pero cuando llegaron cerca del elefante, los nativos se asustaron y huyeron, dejando al profesional solo. Este no se atrevió a hacer frente al animal y dejó la persecución para el año siguiente, en que piensa volver a buscar esa gran cantidad de marfil.

La historia me pareció un poco fantástica, tanto más porque conozco al cazador profesional a quien se refería el señor Pires y sé que es hombre de

gran experiencia y muy valiente, y, desde luego, no se asusta por enfrentarse con cualquier elefante, por muy grandes que sean sus colmillos. Por su parte, el señor Pires insistió en la veracidad de su historia indicándome incluso el sitio donde había sucedido todo aquello, y así decidí que a la vuelta de la expedición, al pasar nuevamente por Dirico, iría al sitio mencionado por el señor Pires para averiguar algo sobre aquel elefante tan fantástico, y si en efecto existía, intentaría perseguirle para filmarlo y, en su caso, abatirlo.

El comerciante me contó otra historia también, que después me fue confirmada por otros. Se trataba en este caso de un turista americano que llegó unas semanas antes a Dirico con su *jeep*, acompañado solamente de un indígena. Este señor había atravesado con el vehículo media África desde Kenia, y cuando llegó a Dirico pidió al hijo del señor Pires que le acompañara en la caza de elefantes.

Fueron por la margen derecha del río Cuito, siguiendo su curso hacia arriba, cuando encontraron una pequeña manada de elefantes. El centinela debía ser una hembra, que, al parecer, tomó el viento de los dos cazadores y se acercó a ellos, probablemente en plan poco amistoso. Según me dijo el señor Pires, el americano se asustó tanto, que empezó a correr con una velocidad poco propia para su edad y con tan mala fortuna que los espinos de las matas le hicieron varias heridas por todo su cuerpo e incluso chocó en su huida contra la rama de un árbol y acabó con un gran chichón en la frente.

No pude comprobar la veracidad de todos los detalles de esta cacería, pero en Cuangar me confirmaron que, en efecto, pasó por allí este excursionista americano solitario, lleno de arañazos y con la hinchazón en la cara y sin ningún colmillo de elefante, quejándose de que los elefantes en Angola no eran tan pacíficos como los de Kenia que él estaba acostumbrado a cazar.

A las diez de la mañana ya estaba de vuelta de mi viaje a Dirico y vi con gran satisfacción que entretanto Mario y Antonio habían logrado trasladar todo a la otra orilla, el camión estaba nuevamente cargado y solamente faltaba que la balsa trasladara el *jeep* para poder continuar el viaje. Una vez transbordado este vehículo, salí en él acompañado por Mario y Francisco, como de costumbre.

Tenía el proyecto de seguir la pista hasta Mucusso, para saludar allí al nuevo Jefe de Puesto, señor Raúl Duarte Alexandre, a quien ya conocía personalmente, y dejé instrucciones a Antonio para que nos siguiera únicamente hasta el empalme de la pista con la *picada Gião*, unos 20 kilómetros antes de llegar a Mucusso, desde donde queríamos adentrarnos hacia Chimparanda, como lo habíamos hecho el año anterior.

La visita a Mucusso hubiese sido una visita de pura cortesía y mientras avanzábamos por la pista cambié de opinión; decidí aplazar la misma hasta el regreso de la expedición. Después de unos 70 kilómetros de marcha por la pista relativamente buena, alcanzamos el empalme ya bien conocido e incluso marcado por una tablilla que puso el señor Gião en su día.

En camino vimos varios antílopes e intenté abatir uno para, por fin, tener carne fresca en nuestro menú, pero erré el tiro.

Al llegar al cruce, nos adentramos unos dos kilómetros en la selva, siguiendo la *picada*, y allí esperamos a Antonio para almorzar.

Aprovechamos también la parada para establecer allí un depósito de reserva de gasolina, escondiendo dos bidones entre el matorral. Esta previsión no era solo para asegurar la gasolina necesaria para nuestro regreso hasta Runtu o Cuangar, sino también podía servirnos, si por algún desastre perdíamos el cargamento del camión, para volver otra vez al menos hasta Dirico, de donde ya podríamos pedir socorro. Mi temor principal se debía a las tormentas que preceden a la temporada de lluvias en aquella época del año. Un rayo que cayera en el campamento o en el camión podía privarnos fácilmente de nuestras reservas de combustible, sin contar con que también podía dejarnos sin vida. Como teníamos dos vehículos, era poco probable, sin embargo, que nos quedáramos sin los dos al mismo tiempo, así que con uno de ellos siempre podríamos llegar hasta nuestro depósito de reserva. Al adentrarse en la selva de aquella región poco explorada y especialmente más allá de Chimparanda, donde termina la *picada Gião*, toda previsión y precaución era poca. Fácilmente se puede uno quedar aislado para varios meses y expuesto a las inclemencias de la temporada de lluvias que empieza ya en serio a fines de noviembre o principios de diciembre.

Terminamos nuestra refección hacia las tres y media de la tarde, y todavía con mucho calor seguimos adelante con el *jeep*, para llegar al final

de la *picada*. Antonio, con el Power, necesitaría unas horas más de viaje, a pesar de que al quitar los dos bidones con los que formamos el depósito de reserva habíamos aligerado algo su carga.

La arena del camino era profunda y el gran peso del camión obliga a emplear la marcha más lenta y el uso de la doble tracción, mientras que el *jeep*, con su peso ligero y ruedas especiales para andar por la arena, puede alcanzar una velocidad de 15 o 20 kilómetros por hora. Esta *picada* es una gran ayuda para penetrar en la región extensa y falta de agua potable, y gracias a ella pude hacer, dos años atrás, la travesía hasta Mavinga.

Según consta, algunos cazadores, principalmente bóers, ya habían penetrado en este territorio antes de la existencia de la trocha, utilizando caballos para el transporte. En camino hay algunas lagunas dispersas, pero su agua se parece al chocolate y las personas no la pueden beber. Elefantes, rinocerontes y toda clase de antílopes y tal vez los caballos beberán esa agua casi siempre ligeramente salobre. Los indígenas y nuestros *pisteiros* alguna vez la beben en caso de necesidad. Desde luego es preferible no tomarla, cosa que nosotros podíamos hacer, porque aún teníamos intactos los 200 litros de agua que habíamos cogido en la fuente de Nuestra Señora del Monte y llenos los sacos tropicales con agua del río Cuito.

Generalmente, se recomienda hervir el agua antes de beberla, pero mi experiencia de años de expediciones africanas me ha enseñado que se puede beber tranquilamente el agua de los ríos de fuerte corriente sin esta precaución. Las aguas de lagunas o de ríos pantanosos ya son más peligrosas, porque se pueden contraer enfermedades amebianas, y lo mismo puede pasar con aguas tomadas a ras de tierra, aunque nazcan allí mismo. En estos casos, desde luego, es recomendable hervir el agua previamente. Los filtros tan anunciados y propagados por el comercio no sirven más que para mejorar el aspecto del agua, pero no la desinfectan.

Hace poco leí precisamente una receta muy buena que dice así: "Hervir bien el agua. Cuando ya está hervida pasarla por un aparato de estos filtros patentados, y después... ¡beber cerveza!".

El agua de los grandes ríos, como el Cubango y el Cuito, no es precisamente de aspecto cristalino, y si se lleva en los sacos tropicales toma

un cierto gusto a lona. Por este motivo, siempre suelo llevar conmigo unas cápsulas de dióxido de carbono para hacer sifón, que, mezclado con un poco de vino tinto, resulta ya una bebida más agradable. Pero cuando se tiene sed, y este es el caso en la mayoría de las veces en los trópicos, no importa mucho este refinamiento y se bebe el agua del saco tal y como sale. Y en caso de extrema necesidad, antes de morir de sed no se desprecia tampoco ese puré achocolatado de las lagunas, donde se bañan los elefantes. Afortunadamente, siempre he podido evitar tener que llegar a este último recurso.

Durante el camino por la *picada*, unos 90 kilómetros en línea recta, pudimos observar que la pista había sido rodada por varios vehículos unas semanas antes, lo que demostraba que algunos cazadores que visitaron la región penetraron por la misma, que, hasta el año anterior —que yo sepa—, no había sido utilizada más que por el señor Gião, que la abrió, y posteriormente por mí.

Paramos unos instantes cerca de las lagunas que no están lejos de la *picada* y que ya conocíamos de nuestras expediciones anteriores para examinar los rastros. Vimos muy pocos de elefantes, rinocerontes, antílopes y ñus, pero la mayoría no eran frescos.

Tenía mucho interés en llegar lo antes posible al fin de la senda, donde se encuentra el *kraal* de Chimparanda, para obtener allí alguna información de los indígenas y conseguir dos o tres *pisteiros* conocedores de la región. La información que principalmente me interesaba era saber si los cazadores que pasaron ese año por la misma se adentraron más allá o si se limitaron a cazar alrededor de ella, porque en caso de que se hubieran adentrado más al norte, bien podía ser que hubieran ahuyentado al rinoceronte que yo estaba buscando, y así mi expedición tendría menos probabilidades de éxito.

En la orilla de una de las lagunas que visitamos en camino encontramos, entre las ramas de un gran árbol, una perfecta *mutala* recién hecha, lo que indicaba claramente que alguno de los cazadores profesionales intentó abatir desde allí algunos animales, principalmente elefantes. Desde luego esta es la manera menas deportiva, pero más cómoda y segura de cazar, que emplean estos profesionales. A ellos no les interesa ni lo más mínimo la deportividad, sino únicamente el marfil y la carne.

No encontramos rastros de elefantes abatidos, aunque sabíamos que habían matado varios, que sin duda alguna cayeron más adentro de la selva. También era posible que la *mutala* la hubieran hecho los dos cazadores deportivos americanos que llevaran consigo aparatos tomavistas y que desde allí filmaran a los animales que se acercaran a las lagunas a beber o bañarse.

Hace unos años el uso de plataformas en árboles era general en Angola y solo excepcionalmente cazaba algún que otro cazador a pie. En mis dos primeras expediciones, cuando aún era novato en las faenas de la caza mayor, el cazador profesional que me guió me indujo también a emplear las *mutalas*, y pasé muchas noches subido en los árboles a la espera de elefantes. Afortunadamente, no abatí ninguno de esta manera, y digo afortunadamente porque hoy día tendría que avergonzarme de ello. Es verdad que los primeros elefantes que maté los abatí a la espera, pero fue a pie, en el mismo nivel del elefante. Desde luego, la manera verdadera y más deportiva de cazar es la persecución al encuentro, y estas son las formas que debe emplear el cazador deportivo.

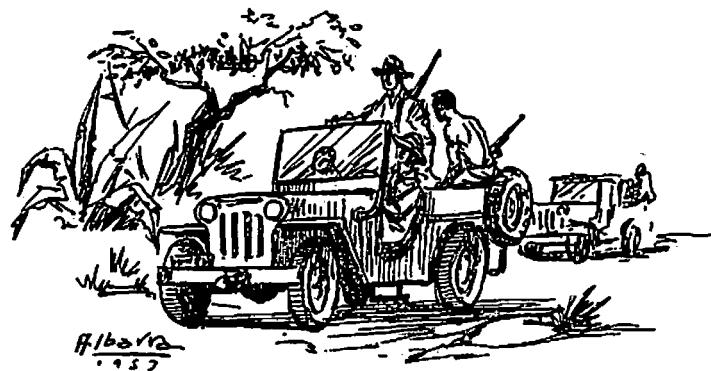
Poco antes de llegar al final de la *picada* abatí un pequeño antílope oribi para tener por fin carne fresca.

Unos minutos después de nuestra llegada aparecieron algunos indígenas del poblado de Chimparanda, y, entre ellos, uno que me reconoció de mi expedición anterior y que se ofreció inmediatamente para acompañarnos. Era Riangoma, un hombre joven, de constitución atlética, y muy inteligente, de la raza mucusso.

La información que recibí de este, interpretada por Mario, que se entendía con él mediante el esperanto, uno de los múltiples dialectos bantús, era que, efectivamente, el cazador profesional y sus clientes llegaron hasta allí e incluso penetraron más al NE, hacia una laguna. Abatieron varios elefantes y otra caza. También había estado allí la policía, como denominó Riangoma al fiscal de caza enviado por la Comisión Central de Caza para controlar las actividades de los cazadores. Nos contó que estos cazadores abatieron varios elefantes de buenos colmillos, pero, añadió, no habían llegado hasta el río Luengue.

Como era ya tarde, decidí acampar sin montar campamento. Saqué mi cama de campaña, mientras Mario y Antonio extendieron sus colchones en la tierra, y después de cenar a base de un menú que incluía el oribi, nos echamos a dormir.





SEGUIMOS A LA PIEZA

Al amanecer, según convinimos, Riangoma vino con dos indígenas de su raza para servir como guías y acompañantes hasta el río Luengue, donde había estado dos años antes. No necesitábamos guía, porque sabía perfectamente que de seguir con la brújula en dirección N, tenía que encontrar el río Luengue a unos 50 o 60 kilómetros de distancia. Sin embargo, siempre es conveniente llevar uno o varios nativos de la región como ayudantes, y en este caso me interesaba especialmente examinar algunos charcos de cuya existencia sabía, pero que en ninguno de mis viajes anteriores tuve tiempo de visitar. Riangoma y sus dos acompañantes conocían perfectamente la situación de estas lagunas y podían conducirnos hasta allí.

El día 27 de octubre, a las siete de la mañana, salimos en dirección N-NE, esta vez ya sin ningún camino o pista que seguir, porque al norte



Laguna o charco típico en cuyas márgenes se hallan rastros de numerosas especies de caza que acuden a beber.

de Chimparanda ya no existe pista alguna. Vimos sin embargo rastros de *jeep*, lo que demostraba que los cazadores de Lobito o los dos americanos habían pasado por allí unas semanas antes.

A 19 kilómetros, siguiendo en dirección N-NE, llegamos a una laguna llamada Dondi. En esta travesía vimos bastante caza, especialmente pequeños antílopes, *Sassabyr*, ñus y perros salvajes o mabecos.

Los mabecos son las más feroces alimañas de África, ya que cuando cazan en manadas de 20 o 25 diezman los antílopes de una región. Cada mabeco que se mata representa centenares de cabezas de caza salvadas. Por eso, yo mismo, cada vez que veo estos animales, los suelo matar sin pensar mucho, pero entonces no disparé ni un solo tiro para evitar hacer ruido y espantar eventualmente alguna otra pieza que me interesara mucho más que un mabeco o incluso un elefante.

Al llegar a la laguna de Dondi, Mario y yo recorrimos la orilla de la misma para examinar los rastros. Este recorrido se puede hacer en pocos minutos, porque en realidad no se trata de lagunas propiamente dichas, sino simplemente de unos charcos de unos 60 u 80 metros de diámetro.

Al no encontrar nada interesante entre los rastros, seguimos nuestro camino a selva traviesa en la misma dirección, hasta la siguiente laguna, que estaba a 36 kilómetros de nuestro punto de partida, según indicaba nuestro cuentakilómetros. Era la laguna de Ripaco. Examinamos la orilla de la laguna y encontramos rastros de elefantes y rinocerontes, sin contar los ya vulgares rastros de los diversos antílopes.

En las ramas de un árbol, en la orilla de la charca, nos sorprendió descubrir el cadáver de una hiena no muy grande.

—¡Qué cosa más rara! —dijo a Mario— . ¿Cómo habrá llegado el cadáver de ese animal allá arriba?

Mario me dio la explicación siguiente, que además se vio confirmada por los rastros:

—Ha debido ser un leopardo que mató a la hiena cuando vino a beber y después la arrastró hasta el árbol. Luego la subió entre las ramas para conservarla allí para una segunda refección.

Aunque por la literatura cinegética ya sabía que los leopardos suelen realizar tales faenas, hasta entonces, en ninguna de mis expediciones anteriores había podido comprobar la veracidad de tal afirmación.



Almuerzo en el campamento base.

Solamente que los leopardos y leones suelen guardar para posteriores meriendas los cadáveres de sus víctimas, enterrándolos en la arena. Esto en efecto lo había visto ya varias veces, pero tengo que reconocer que el método de subir a un árbol las reservas de comida, desde luego, resulta mucho más eficaz, porque así no es fácil que otros consumidores puedan encontrar el botín guiados por su olfato. Además, los más probables consumidores son siempre las hienas, que con su olfato son capaces de encontrar los alimentos podridos y desenterrarlos, mientras que, aunque huelan o incluso vean el botín en un árbol, no pueden alcanzarlo porque son incapaces de trepar hasta él.

El Power Wagon, como siempre, venía rezagado siguiendo nuestro rodaje, y Mario y yo nos sentamos al lado del *jeep* para esperar allí. Nos instalamos de cara al viento, observando el charco, por si acaso venía algún animal a beber.

Llevábamos ya más de un cuarto de hora en pleno silencio cuando vimos llegar a dos facóceros, que pude filmar y fotografiar a gusto.

Estos animales, igual que la mayoría de los salvajes cuando van a beber, no llegan directamente al agua, sino que dejan pasar un buen rato antes de entrar. Corren atrás y adelante, a lo largo de la orilla, olfateando los rastros de otros animales y venteando en todas direcciones por si acaso hay algún enemigo en las cercanías. Por fin llegan hasta el agua, beben, se bañan, juegan un rato y desaparecen otra vez en la selva.

El juego de los dos jabalíes se vio interrumpido por el ruido del camión, que se iba acercando y que evidentemente les llamó la atención. Pero hasta que el vehículo no apareció al lado nuestro, no emprendieron la huida.

Seguimos nuestro camino. Por indicación de Riangoma tomamos dirección N-NE, a selva traviesa, y llegamos a otro charco, hasta entonces para mí desconocido, que el guía indígena señaló con el nombre de Chanyanga. Este charco estaba a unos 43 kilómetros, contados desde nuestro punto de partida en Chimparanda. Allí vimos bastantes rastros de búfalos y rinoceontes. Según Riangoma, el cazador profesional y sus clientes llegaron hasta allí y cerca del agua mataron un elefante y otra caza. Excepto unos mabecos, nosotros no vimos nada.

Siguiendo hasta el norte, pocos kilómetros más allá, encontramos el río Luengue, pero estábamos mucho más abajo del sitio donde yo había establecido mi antiguo campamento en 1954.

Como mi tiempo lo permitía holgadamente, decidí seguir por la orilla, río arriba, para llegar a ese punto y establecer nuevamente el campamento, debajo de aquellos frondosos árboles en una colina cerca de la margen del río. Sabía que allí tendríamos todas las condiciones necesarias para un buen campamento: proximidad de agua, altura suficiente para que los mosquitos no nos molestaran demasiado y sombra para descansar en las horas de máximo calor.

Los 17 kilómetros que recorrimos, ahora río arriba, ya eran conocidos para mí, pero no así para Mario, que no había tomado parte en mi expedición de 1954. Le sorprendieron las numerosas veredas anchas y muy pisoteadas de los animales y las múltiples bañeras de elefantes y rinocerontes, tan características de aquel lugar.

A pesar de que la hora era apropiada, en todo el recorrido no vimos nada interesante, sino unos cuantos *Lechwe* (antílopes semiacuáticos).

Llegamos al emplazamiento de mi antiguo campamento e inmediatamente empezamos la descarga de los vehículos y la instalación de nuestro campamento actual. Desde nuestra salida de Humpata, este sería el primer campamento de verdad, porque hasta entonces en camino, cada vez que habíamos tenido que hacer noche, nos limitamos a lo más estricto.

La finalidad principal era la búsqueda del rinoceronte blanco, mejor dicho de aquel rinoceronte extraño cuyos rastros descomunales y el surco que había hecho con su cuerno había yo visto dos años antes, y suponía que este campamento sería durante algún tiempo nuestro punto de partida en las exploraciones que realizaríamos por aquella región.

Mientras Antonio y Mario, con la ayuda de los *pisteiros*, de Riangoma y sus dos compañeros de tribu, estaban ocupados de pleno con la descarga de los dos vehículos, montaje de las tiendas de campaña, etc., yo me dediqué a trazar el plan de acción para los próximos días. Pensaba explorar sistemáticamente hasta el límite que me permitieran mis reservas de gasolina, siguiendo las dos orillas del río Luengue y sus próximos afluentes, los ríos Tondo y Lumuna. Pensaba utilizar para estos viajes únicamente el

jeep, que gasta menos gasolina, dejando el Power estacionado en el campamento hasta que emprendiéramos el viaje de vuelta.

Los barriles de gasolina que llevábamos los colocamos distantes del campamento y bastante separados entre sí. Era una medida de precaución para el caso de incendio producido por un rayo. Estábamos ya a fines de octubre y pensábamos quedarnos allí aproximadamente un mes, es decir, en la época ya aparecen las primeras tormentas precursoras de la época de lluvias. Estas tormentas, como ya dijimos, suelen ir acompañadas de gran aparato de descargas eléctricas que ofrecen uno de los espectáculos más impresionantes en estos parajes.

Con los primeros rayos de luz de la mañana siguiente, abandoné el campamento, acompañado por Mario, Francisco y Riangoma. Según mi plan, la primera exploración tendría que dirigirse hacia el mismo sitio donde dos años antes, casi en la misma fecha, había visto aquellos rastros extraordinarios que tan poderosamente me llamaron la atención. Siguiendo la orilla del río, curso abajo, sin detenernos mucho a observar en camino la caza que a esas horas volvía del río a la espesura de la selva, fuimos directamente hacia el lugar donde me proponía. Tenía muchas esperanzas de que, como en mi expedición anterior, al volver al sitio donde un año antes había descubierto los rastros descomunales del elefante récord que abatí, esta vez también tendría la suerte de encontrar ese mismo rinoceronte cuyas huellas contemplé dos años atrás.

Desde luego, las costumbres de los rinocerontes no son las mismas que las de los elefantes. El elefante es más fiel a sus costumbres y especialmente el solitario, a menos que le estorben, no suele cambiar los sitios preferidos para beber y bañarse y vuelve a recorrer los mismos caminos por la selva en busca de su alimento preferido: las hojas tiernas de ciertos árboles y frutos salvajes. El rinoceronte, en cambio, aunque es asiduo a cierta región, cambia con frecuencia el lugar donde bebe o se baña, aunque busca generalmente los mismos para comer. Tampoco hay gran diferencia entre las costumbres entre manadas y solitarios, como ocurre con los elefantes. El rinoceronte no suele andar en manadas, generalmente permanece solo y únicamente en la época de celo andan macho y hembra juntos y permanecen así a veces mientras que la cría necesita su protección. El encontrar tres rinocerontes juntos, macho, hembra y cría, es lo máximo que se puede ver.

Observé una vez, e incluso filmé, cuatro rinocerontes juntos, pero, desde luego, es una excepción.

Sin embargo, yo suponía que el rinoceronte que iba persiguiendo sería un viejo macho solitario y mis esperanzas se basaban en la conocida manía y metodismo de los viejos solitarios de toda especie, incluida la humana.

A unos 30 kilómetros llegamos cerca del sitio donde vi por primera vez aquellos rastros. ¡Mi coronada no me había fallado! Esta vez, allí estaba el rinoceronte!

Ya de lejos vi la silueta de su cuerpo enorme y por primera vez, después de haber visto ya bastantes rinocerontes anteriormente, descubrí también los famosos pájaros guardianes. Estaban en el lomo del animal, alimentándose de los insectos que suelen poblar la piel de este paquidermo. Eran de color blanco y a veces se levantaban en corto vuelo, pero al parecer aún no habían dado la señal de alarma, aunque sin duda alguna nos podían ver perfectamente.

El animal siguió su marcha lenta por la orilla del río con intención de adentrarse en la selva, que, afortunadamente, en aquel sitio era bastante abierta.

Inmediatamente saltamos del *jeep*, comprobamos la dirección del viento, que era favorable porque venía de cara, y seguimos al animal con paso rápido para llegar cerca de él y filarlo lo mejor posible.

Yo iba delante con mi aparato tomavistas, mientras Francisco, con el rifle .416, me seguía a un paso de distancia. Mario, con su .375 en la mano, se mantuvo a mi lado, mientras Riangoma llevaba el otro .416 como arma de reserva.

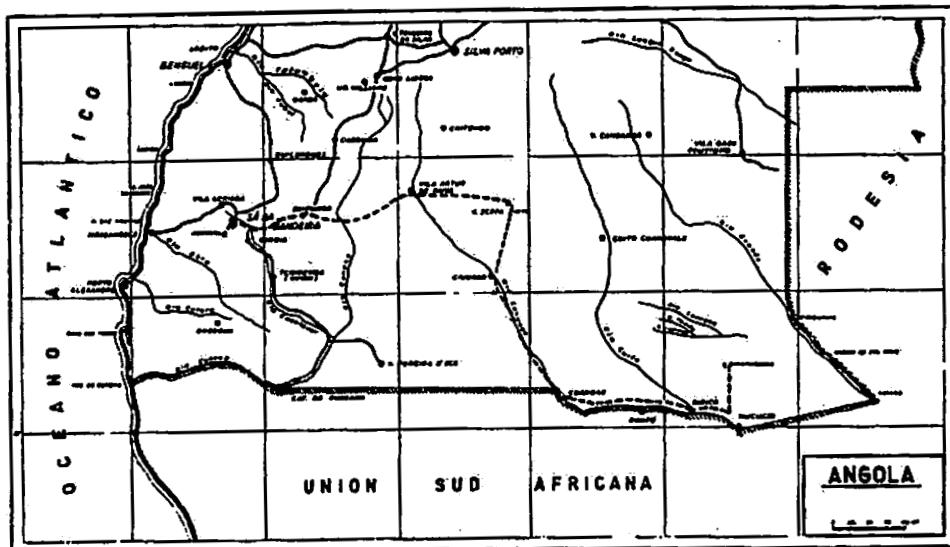
El momento de suprema emoción fue cuando Riangoma dijo que el animal que teníamos delante era un *N'Gava*, o sea, que no se trataba de un *Chimpanda*, nombre con el cual los indígenas de allí denominan al rinoceronte común.

Me chocó que el color de su piel no fuera claro, sino casi negro. Desde luego, sabía que la denominación de rinoceronte blanco tiene muy poco que ver en realidad con el color de su piel. Sin embargo, de las descripciones de antiguos cazadores y también de las fotografías que había visto de rinocerontes de esta especie, que todavía existen en Kenia, Sudán y



El supuesto rinoceronte blanco tal como quedó después de recibir el balazo en el cuello. Puede observarse que su piel es oscura.

Seguimos a la pieza



Itinerario cubierto en esta expedición, la octava realizada por el autor.



Primer plano de la cabeza del rinoceronte abatido. En la base del primer cuerno se pueden apreciar aún los restos de la tierra húmeda surcada.



Los cazadores con la pieza conseguida.

algunas reservas, sabía que el color de la piel es más claro que el del rinoceronte negro. Desde luego, el barro de la bañera que acababa de abandonar nuestro paquidermo era negro y esto también podía contribuir a dar ese color aparente a su piel. Como el animal en ese momento estaba de espaldas, no pude distinguir, ni siquiera con prismáticos, la forma del morro, que es lo más característico del rinoceronte blanco, aparte de su mayor corpulencia, que era evidente.

Para convencerme de que en efecto se trataba del mismo animal que *in mente* había estado persiguiendo desde hacía dos años y que entonces lo hacía de verdad, aceleré mis pasos hasta que por fin nuestro pequeño grupo llegó a una distancia de unos 40 metros del animal, que continuó lentamente hacia adelante.

Los pájaros blancos se habían dado cuenta de nuestra presencia y levantaron el vuelo. Pero el animal no aceleró su marcha, aunque siguió adentrándose en la selva. Afortunadamente la visibilidad era buena y pude empezar a filmar.

El viento continuaba favorable y el suelo era blando, así que nuestros pasos no podían hacer ruido. Estando ya tan cerca, evitamos cuidadosamente tocar las ramas de los arbustos y naturalmente guardamos el mayor silencio entendiéndonos Mario y yo por señas.

Hasta ese momento no logré ni ver ni filmar al animal de costado, ni mucho menos de frente, que era lo que podía darme la certeza de que se trataba de un rinoceronte diferente del común.

Controlando el aire con los polvos de talco, que siempre llevo para este fin, intenté tomar una dirección oblicua a la de marcha del gran paquidermo, desde luego con el peligro de que en el aire cruzado, con la más mínima variación de dirección, el animal podría ventearme. Pero logré verlo de perfil y captarlo con el tomavistas.

Vi entonces que su morro era chato, aunque no tanto como yo creía que debía ser, según las fotografías y descripciones del rinoceronte blanco, pero pude distinguir claramente otras características muy diferentes del rinoceronte normal. En primer lugar, no tenía arrugas en la piel del costado, sino solamente una grande detrás del cuello. Las orejas del rinoceronte normal parecen semi-cucuruchos. Las orejas de aquel, por su tamaño y forma, se parecían a las orejas del búfalo. El cráneo, mejor

dicho, la cabeza, era mucho más alargada que la del rinoceronte normal, y las fosas nasales mucho más grandes y estaban más cerca de los labios y eran de forma alargada. Por el contrario el rinoceronte vulgar tiene la cabeza más corta y las fosas nasales, casi redondas, colocadas casi enfrente y no lateralmente. Una joroba característica en lo alto del lomo, detrás del cuello del animal, evidenciaba que no se trataba de un rinoceronte común, que no tiene tal protuberancia.

Mientras tanto, continuábamos acercándonos y llegamos ya a unos 20 o 25 pasos de distancia, cuando el animal, por instinto o por su fino oído, debió sentir nuestra presencia, y de repente paró. Levantó las orejas. Sentíamos que observaba con atención. Nosotros permanecimos inmóviles. Mario estaba a mi lado, con el arma echada a la cara, mientras yo seguía filmando. El animal debió oír el zumbido del mecanismo del tomavistas. Se volvió. Estaba enfrente de nosotros. Mario me hizo una seña y me susurró que cargara. Francisco me tocó la espalda, mientras con la otra mano intentaba entregarme el arma. Sin embargo, yo no me decidía aún a tirar. Quería aprovechar cada segundo para filmar más y más, a pesar de que me daba perfecta cuenta de que el rinoceronte podía cargar en cualquier momento, y un rinoceronte en plena carga es un animal muy rápido y en pocos segundos podía cubrir los 20 metros que nos separaban.

Era la primera vez, después de tantos años de colaboración, que veía a Mario nervioso. Sin esperar a que se lo ordenara, disparó su .375 alcanzando la mano izquierda del rinoceronte. No sé si tiró a la mano a propósito, para imposibilitar al animal en su huida o para hacer más lenta su carga, o simplemente por puro nerviosismo erró el tiro, tal vez dirigido a la base del cuello, que es el mortal para un rinoceronte.

Sea como fuere, el rinoceronte herido emprendió la fuga. Yo le seguí corriendo, mientras continuaba impresionando unos metros de película más, bastante movida por cierto, por la velocidad de la carrera o acaso por la emoción. Mis ayudantes no se separaron de mí.

El animal, ahora, seguro de que tenía al enemigo encima, se volvió para cargarnos, a pesar de su herida, o más bien, precisamente por el dolor que esta le producía. Ya no me quedó otro remedio que cambiar mi aparato tomavistas por el rifle y proporcionarle el tiro decisivo a la base del cuello, que le desplomó como herido por un rayo.

Los detalles anatómicos, visibles en las fotografías tomadas, demuestran que no se trata de un rinoceronte normal, pero tampoco es el típico rinoceronte blanco, aunque de este hay dos variedades: el *Ceratotherum simum simum* y el *Ceratotherum simum cottoni*. La definición decisiva de si es una de estas dos variaciones o tal vez una variante completamente nueva, o bien un cruce entre el rinoceronte común y el rinoceronte blanco, está ahora en manos de los científicos, que harán estudios comparativos del cráneo, patas y otros despojos que para este fin transporté conmigo a Madrid.

Advertiré que la caza del rinoceronte, en general, últimamente está prohibida, para conservar la especie. Por mi parte disponía de una licencia especial para esta caza, en vista del fin científico de nuestra empresa.



DETALLES DEL EJEMPLAR ABATIDO

Vamos a resumir las observaciones hechas sobre las características especiales del rinoceronte abatido, y sin perjuicio del futuro dictamen de los científicos, puedo decir que las principales diferencias entre la anatomía del rinoceronte común o negro (*Dicerus bicornis*) y la del ejemplar que yo maté son las que resumo en la página siguiente.

Según los datos comparativos que recibí del Director del Smithsonian Institution (Museo Nacional de los Estados Unidos) y también de la monografía sobre el rinoceronte blanco del Dr. Heller, existe una notable diferencia entre la forma del cráneo y las superficies dentales de las especies del *Dicerus bicornis* y del *Ceratotherium simum simum* o *Ceratotherium simum cottoni*. Incluso sin ser especialista en zoología, ya a primera vista se ve que

	<i>Dicerus bicornis</i>	<i>Ejemplar abatido</i>
CORPULENCIA	menor	mayor
FORMA DE MORRO	caballar	vacuno (ancho)
CABEZA	corta	más prolongada
CUERNOS	apartados del morro	tan cerca del morro que el primero roza la tierra cuando el animal pasta
OREJAS	en forma de cucuricho (de un lóbulo)	forma ancha (dos lóbulos)
FOSAS NASALES	redondas y altas	alargadas y laterales
PIEL	grandes arrugas laterales	sin arrugas laterales
JOROBA	no tiene	tiene
PATAS	planta ovalada y plana	planta casi redonda y pronunciadas concavidades (forma de concha) debajo de las uñas

el cráneo y la dentadura del animal abatido difieren notablemente del rinoceronte negro, o (*Dicerus bicornis*). Ahora bien, yo aún no me atrevo a afirmar que el animal que perseguí y abatí sea el verdadero rinoceronte blanco, la variedad *Simum* o *Cottoni*, una nueva variedad, o tal vez un cruce.

Esta última suposición puede basarse en el hecho de que el morro del animal abatido no es del todo cuadrado, como lo vi en los ejemplares de la reserva zulú filmados por Quentin Keynes y en algunos trofeos antiguos.

Sostiene también la teoría de un posible cruce el hecho de que el color de la piel es más oscuro, aunque, como ya he explicado, la denominación de blanco tiene poco que ver con el color verdadero de esta especie. Hay quien afirma que esta denominación tiene su origen en una equivocación lingüística. El nombre original de gran número de animales salvajes de África procede de los bóers, y ellos llamaban a la especie *Ceratotherium*:

Widerenastre o *Witrenastre*, que significa en su lengua “grande” o “ancho”. Los ingleses, en cambio, no tradujeron la palabra bóer, sino que la emplearon literalmente, transformándola en *withe*, mejor dicho, en *white*, que en inglés significa “blanco”. Todos los demás idiomas siguieron este error y así tradujeron el nombre del inglés. Sin embargo, algunos autores, y entre ellos el Dr. Heller también, afirman que el color de la piel del *Ceratotherium* es algo más claro que el del *Dicerus*.

Otro motivo para creer en la posibilidad de un cruce consiste en el hecho, muy divulgado por los antiguos cazadores, que abatieron muchos rinocerontes blancos a fines del siglo pasado y principios de este, de que este animal, a pesar de su gran fuerza y corpulencia, es muy manso. Esta cualidad no solo le distingue de la especie negra, que es irritable y peligrosa, sino que también explica su semi-extinción, especialmente al sur del ecuador.

El animal que abatió no era precisamente manso, porque cuando se sintió perseguido se enfrentó con nosotros, en lugar de salir huyendo, y si no hubiera sido por el precipitado tiro de Mario, probablemente hubiese podido filmar el momento cuando el animal inició su carga.

Sin duda alguna, en la región debieron existir muchísimos rinocerontes blancos y la extinción o casi extinción de la especie puede explicarse también por el hecho de que las tribus de los mucussos y los ganguelas practicaban, y todavía hoy practican, la caza a caballo para matar jirafas, *Elands* y otros grandes animales mansos.

La caza a caballo consiste en que el cazador, provisto de una lanza de casi tres metros de largo, persigue a su presa a veloz galope, hasta llegar tan cerca de ella que puede cortarle los tendones de las patas. Como ninguno de estos animales ataca, los cazadores incluso llegan a conducir al animal cojo hasta el *kraal*, con lo cual se ahorran el trabajo del transporte de la carne. Sin duda alguna pudieron cazar de este modo también al rinoceronte blanco, sabiendo que no les atacaría, y contribuyeron así a exterminarlo.

Naturalmente no pueden emplear este método de caza con un animal feroz como el rinoceronte negro, que en lugar de huir carga y derribaría con facilidad al caballo y a su jinete. De la misma manera tampoco se atrevan a emplear la caza a caballo con el elefante, el búfalo o el león, ni para ciertos antílopes armados de cuernos, no mansos.

La Naturaleza siempre busca remedio a todos los males y así puede ser que con un cruce entre las dos especies de rinocerontes se formara esta variedad que conserva ciertas características típicas del rinoceronte blanco, unidas a la combatividad del rinoceronte negro. Todo esto no pasa de ser una mera hipótesis de un profano en zoología y repito una vez más que la última palabra la tienen los científicos.

Después de haber hecho diversas fotografías, tomadas desde todos los ángulos para fijar bien las características de este ejemplar extraordinario, pensamos en la tarea de desollar el animal.

Como no teníamos con nosotros más que a Francisco y a Riangoma, era imposible pensar en terminar el trabajo en el día, porque el animal debía de pesar más de tres toneladas. Necesitábamos ayuda y además sería imperdonable dejar que se perdiera toda la carne. Lo más lógico era volver al campamento en busca de ayuda, aunque con ello no quedaba resuelto el problema del aprovechamiento de la carne, a menos de servirnos del Power para cargarlo todo. Pero esta solución no me gustaba por el consumo de gasolina que suponía y también por el ruido que haríamos con las idas y venidas de los vehículos. Por otra parte, tampoco quería convertir el campamento en una vulgar carnicería, con las naturales consecuencias de incessantes visitas de la tribu vecina, tan molestas como los millones de moscas durante el día y las hienas durante la noche, todos ellos atraídos por el color o el olor de la carne.

La única solución conveniente nos la dio Riangoma, al indicarnos que bastante más allá, siguiendo río abajo, encontraríamos un *kimbu* o poblado cuyos habitantes se sentirían felices de poder ayudarnos a desollar el animal a cambio de quedarse con la carne. Así, sin necesidad de volver al campamento por la ruta ya conocida, podríamos continuar nuestra exploración río abajo, por sitios que antes no había visitado. Descubriría ahora un *kimbu* totalmente desconocido, jamás hollado por hombre blanco. Obtendría ayuda y conseguiría hacer feliz a un poblado entero con la carne del rinoceronte, que podrían cortar en largas tiras y secar al sol en las ramas de los árboles, y que les serviría de comida para varias semanas o tal vez meses, según el número de los habitantes.

Tomamos rumbo al este, siguiendo el curso del río, aunque algunas veces teníamos que desviarnos para evitar obstáculos que se levantaban en la misma margen del río, en forma de arbolado muy denso o suelo pantanoso.

A veces incluso tuvimos que cortar con machetes el espeso ramaje que obstaculizaba nuestro avance. Por fin, al llegar a una vuelta del río, divisamos a lo lejos unas cabañas y humo, que nos confirmaron que Riangoma tenía razón en lo que dijo. En línea recta continuamos en dirección de aquellas cabañas que a primera vista parecían estar mucho más cerca, pero resultó que con el *jeep* tardamos más de una hora en alcanzar.

Como de costumbre, paramos un centenar de metros antes de llegar al *kimbu* y nos sentamos a la sombra de un árbol. No nos chocó al principio no ver a nadie. Sabíamos por experiencia que los indígenas hacía mucho que habían oído el ruido del motor y estarían refugiados en la selva o escondidos en sus cabañas por miedo. Pero también conocíamos que al cabo de un rato la curiosidad, especialmente de las mujeres, vencería el miedo y se acercarían.

Entretanto, para no perder tiempo, sacamos nuestro rancho y empezamos a comer.

Como habíamos previsto, poco después aparecieron algunas mujeres y niños, quienes, al ver que estábamos comiendo, se acercaron poco a poco. Eran de raza mezcla de mucusso y ganguela, como pudimos determinar por su peinado.

Al ver a Riangoma, que era de su misma raza y que hablaba su dialecto, tomaron más confianza y nos rodearon. Evidentemente era la primera vez que veían en su vida hombres blancos y sin duda un vehículo sobre ruedas capaz de moverse por sí solo.

Riangoma debió de explicarles el fin de nuestra presencia, que era pedirles ayuda para desollar el rinoceronte abatido y a cambio ofrecerles la carne, pues algunas de las mujeres se marcharon para buscar a los hombres, que debieron alejarse bastante al oír el ruido del *jeep*. Por fin apareció uno de ellos, que debía ser el jefe de la tribu, y a través de la interpretación de Riangoma pudimos anotar que el *kimbu* se llamaba Calungongo y la región tenía el nombre de Cheripalala. Según el marcador del cuentakilómetros, estábamos a 41 kilómetros de distancia de nuestro campamento.

En estas regiones los *kraals* llevan siempre el nombre del jefe de la tribu, o viceversa, el jefe de la tribu lleva el nombre del poblado.

Preguntamos a Calungongo si él era el único hombre del *kimbu* y nos contestó que había varios hombres más, que estaban en ese momento dedicados a la pesca en el río, añadiendo que él iría a buscarlos y que con mucho gusto nos acompañarían hasta el rinoceronte para ayudarnos a desquartizarlo. Pero, antes de partir, quería comer, y así, mandó a algunas de sus mujeres para que le trajeran alimentos. Y en efecto, aparecieron dos mujeres con un cacharro de barro, lleno de grano medio molido, mezclado con leche. Riangoma y Calungongo empezaron a comer aquella papilla y siguieron comentando con gran locuacidad nuestra presencia en aquella región poco explorada.

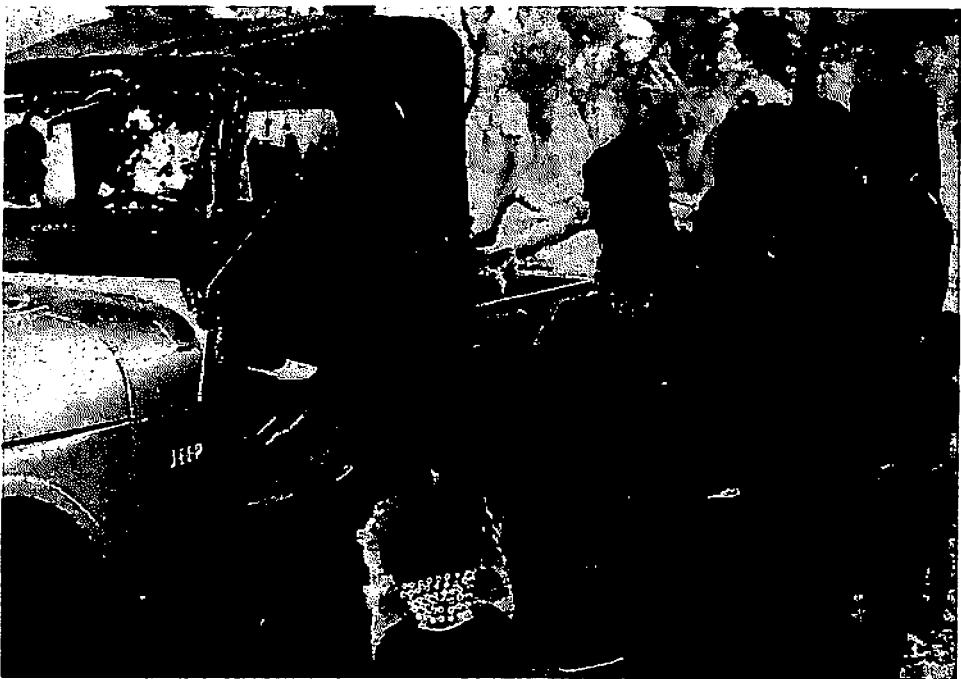
Pasado cierto tiempo apareció otro hombre, más joven, que se unió a Calungongo y a Riangoma sentándose con ellos a comer. Lo hicieron todos, según la costumbre indígena, con los dedos y formando unas bolas de la papilla.

Mientras tanto dos niñas de la tribu trajeron en otro cacharro una especie de cacahuetes tostados que el jefe nos invitó a probar. Mario y yo aceptamos y eran excelentes.

Pero el tiempo pasaba y los hombres brillaban por su ausencia. Empecé a preocuparme si mientras tanto el rinoceronte, aunque lo habíamos cubierto con ramas, no habría sido descubierto por las águilas, buitres o algún carnívoro. Decidí volver allí sin esperar la llegada de los varones de la tribu y, llevándonos al cabecilla con nosotros, volvimos al rinoceronte siguiendo nuestro propio rodaje. Tendríamos que empezar a desollar con nuestros propios medios, sabiendo que los demás miembros de la tribu llegarían más tarde para llevarse la carne.

El escaso personal y el poco tiempo disponible hasta la puesta del sol no nos permitieron desollar el animal en toda la regla, es decir, sacar la piel entera con el fin de montarla después en algún Museo. Tuve que contentarme con desollar con todo cuidado la cabeza, que es lo más característico del animal; cortar las cuatro patas, que después en el campamento podríamos limpiar cuidadosamente de carne y huesos, y sacar algunas tiras de la piel del costado.

Estábamos ya en plena faena, que prácticamente Mario y Francisco solos llevaban a cabo, porque ni Riangoma ni Calungongo podían ayudarles más



Las mujeres y niños, ya más confiados, examinan el vehículo que puede moverse por sí mismo.

que a mover el pesado animal, cuando por fin llegaron los hombres y mujeres de la tribu. Todos ellos cayeron sobre la carne como si fueran buitres. Desde luego, Francisco y Riangoma se aseguraron previamente para sí mismos y para nuestro campamento las piezas más succulentas, y si no llegamos a intervenir Mario y yo, no hubieran dejado a los indígenas de la tribu más que los intestinos y los huesos. Y así el *jeep* estaba sobrecargado, porque el cráneo, las patas, la piel de la cabeza y algunas tiras de la piel del costado pesaban varios centenares de kilos.

Terminada la faena iniciamos el regreso al campamento. Teníamos que recorrer 31 kilómetros siguiendo nuestro propio rodaje, principalmente por el borde del río.

Habíamos recorrido ya casi la mitad del camino, cuando sentimos que Francisco golpeaba el techo del *jeep*. Paramos y vimos un rinoceronte solitario pastando tranquilamente a unos 600 metros de distancia, en pleno terreno pantanoso. Pudimos observar al paquidermo con toda tranquilidad, pero era imposible filmar o fotografiar porque la distancia era muy grande y la luz ya débil. Tampoco podíamos acercarnos más, a pesar del viento favorable, por el terreno pantanoso que nos separaba y que representaba un gran peligro. Para llegar hasta allí, el animal, sin duda alguna, tendría alguna vereda por terreno firme que soportara su enorme peso, incluso podría ser que el sitio donde pastaba fuera un islote o una lengua de tierra. Desde luego el espacio que nos separaba estaba totalmente cubierto de cañizo. Pero de todos modos, incluso si me hubiera sido posible acercarme al animal, lo único que podía hacer era matarlo, y no filmarlo o fotografiar antes por falta de luz, y esto era lo que no quería hacer de ninguna manera.

Ya mis lectores saben que mi propósito no es matar el mayor número posible de animales, sino por el contrario reducir el número al mínimo y hacerlo solamente si se trata de piezas de verdadero interés científico, e incluso estas solo si puedo filmarlas en vida, antes de matarlas. Por lo demás, disparo solamente sobre piezas extraordinarias, récord o trofeos de gran belleza, o en caso de peligro inminente, que es rarísimo. Para la alimentación del campamento abato o dejo a Antonio que cace antílopes vulgares o aves que hay en abundancia.

Con los prismáticos vimos que el rinoceronte se parecía mucho al que acabábamos de matar, pero con la luz ya débil —eran alrededor de las



Típico paisaje de la región. Manchas de selva y zonas pantanosas.

cinco de la tarde— no pudimos apreciar todos los detalles de su cuerpo a tanta distancia. Mandé tocar el claxon del *jeep* y nosotros mismos empezamos a gritar para llamar la atención del animal sobre nosotros. Por fin conseguimos nuestro propósito. Solo entonces se dio cuenta el animal de nuestra presencia y al vernos emprendió la huida, permitiéndonos así observar la enorme velocidad de arranque y fuga de tan pesado animal, incluso en terreno pantanoso. Parece mentira que un bicho tan voluminoso, con patas relativamente cortas, pudiera correr con tanta velocidad. Sin duda, debía de tener una vereda para haber llegado a sitio tan apartado de pasto y en su huida cruzó a una distancia de unos 400 o 500 metros delante de nosotros, desapareciendo en la selva.

Después de este incidente, proseguimos nuestro camino, hasta que volvimos a sentir unos nuevos golpes en la lona del vehículo.

Paramos instantáneamente, pero no lo bastante rápido para evitar que las ruedas pasaran por encima de una jiboya, serpiente de tamaño grande, del tipo de la boa. Estas serpientes no son venenosas y matan a sus víctimas por estrangulamiento.

A pesar de que el *jeep* pasó por encima del cuerpo del reptil, este siguió arrastrándose hacia la selva y hubiese escapado si Mario no la atonta con un golpe de palo en la cabeza. La cargamos, sin matarla, y continuamos nuestro camino.

Estábamos bastante cerca del campamento cuando vi una pequeña manada de *Roan Antelopes*, o antílopes caballo, con un macho muy bueno al frente. Salté del vehículo y, acompañado de Francisco, intenté llegar lo más cerca posible del animal para abatirlo, no tanto en vista del trofeo, sino más bien para procurar carne fresca que no fuera de rinoceronte.

Por desgracia el viento no era favorable y la manada se dio cuenta de nuestra presencia y empezó a retirarse hacia la selva. A pesar de la distancia todavía considerable y las malas condiciones de luz, disparé al macho ya en movimiento y tuve la certeza de que una bala le había alcanzado. Corrimos detrás de la pieza un centenar de metros, pero la luz era tan débil que hubiese sido inútil continuar la persecución. Marcamos el sitio y dejamos la tarea para la mañana siguiente, ya con luz de día.

El campamento estaba a unos centenares de metros de distancia y Antonio nos esperaba allí con la cena ya preparada.

Al llegar al campamento, la jiboya empezó a dar otra vez señales de vida, pasada la anestesia que le había producido Mario con el golpe. Con un trozo de cuerda la atamos, haciendo un nudo en el cuello inmediatamente detrás de la cabeza triangular, y el otro extremo de la cuerda la sujetamos a un árbol, dentro del campamento. La jiboya se convirtió en nuestra mascota durante unos días. No había ningún peligro porque esta clase de serpientes, como ya he dicho, no tiene veneno y el ejemplar preso, por su tamaño, no podía estrangular animales mayores que una liebre.

Unos días más tarde tuvimos que matarla porque no quería tomar ningún alimento, y en sus esfuerzos por librarse se había hecho daño,

incluso sangre, en el cuello, donde le apretaba el nudo de la cuerda. Su piel, de bonito dibujo y color, una vez curtida servirá para cinturón o zapatos de señora.



La jiboya capturada y sujetada por una cuerda en el campamento.



RINOCERONTES MAL INTENCIONADOS

Nos encontrábamos ya a 4 de noviembre. Llevábamos más de una semana en el campamento en la orilla del río Luengue. Y exactamente hacía siete días que había abatido el rinoceronte extraño, objetivo principal de la expedición. Fue entonces cuando Mario exclamó:

—Es domingo. Tengo el presentimiento de que hoy tendremos éxito.

—¡Ojalá! — le contesté. Aunque no esperaba ya ninguna emoción, porque todas las exploraciones que había hecho en la región, y teniendo en cuenta la época del año en que estábamos, me habían decepcionado. Había relativamente poca caza y variedad.

Salimos a las cinco de la madrugada en dirección E-NE. Queríamos llegar lo más lejos posible, siguiendo el curso del Luengue.



El rinoceronte de color blanco.

A 12 kilómetros del campamento, todavía con luz muy deficiente de la madrugada, paramos para examinar unos bultos raros que aparecían a lo lejos, entre el río y la orilla de la selva. Acercándonos ya a pie, vimos con nuestros prismáticos que se trataba de una manada de búfalos. Solo en la pradera debía haber por lo menos cincuenta, pero el número era mayor, ya que no podíamos ver los que había en la selva.

Intentamos acercarnos más, para filmar y fotografiar, pero como nuestra dirección de marcha era hacia el E, la poca luz que venía del sol nos daba precisamente de frente. Impresionar búfalos negros, con el fondo oscuro de la selva, a pleno contraluz, es la mayor adversidad que un fotógrafo puede encontrar. Además el viento tampoco era favorable. Los búfalos debieron ventearnos y unos minutos después toda la manada desaparecía en la selva.

Seguimos adelante, siempre con el sol enfrente. Francisco hizo la señal acostumbrada con golpes en la lona, y paramos. Tres preciosos antílopes negros, en la orilla de la selva, miraban hacia nosotros con gran atención. Por la forma de sus cuernos vimos que se trataba de hembras.

Naturalmente no pensé en tirarles, pero intenté fotografiarlas a pesar de la luz aún insuficiente y siempre adversa.

Continuamos nuestro camino hasta la laguna de Chanyanga, que ya conocíamos, y donde encontramos bastantes rastros de rinoceronte, elefante y búfalo.

Desde allí, otra vez en dirección E, por selva abierta, interrumpida por grandes praderas verdes. Por todos los lados se veían veredas de caza. Naturalmente, debería haber muchísima caza, sin embargo, nosotros, aparte de una pequeña manada de kudus que filmé, no encontramos nada. Esto se explica tal vez por la presencia de manadas de perros salvajes en aquellos parajes.

Por fin salimos de la selva otra vez a la orilla del río y llegamos al *kimbu* de Calungongo, que también se llama Cheripalala. Allí ya nos conocen como donantes de la carne de rinoceronte. En el mismo sitio del domingo anterior, tomamos nuestro rancho, rodeados de las mujeres y niños curiosos del poblado.

Para ver su reacción y divertirnos nosotros también un poco, por primera vez en toda la excursión, se le ocurrió a Mario poner en marcha la radio del *jeep*. Sintonizó una emisora de Lorenzo Marques, capital de la provincia portuguesa de Mozambique, en África Oriental. Oímos unos anuncios interrumpidos a veces por trozos de música ligera.

Todo esto era divertidísimo para nuestros oyentes, pero de escaso interés para mí. Poco después pedí a Mario que cerrara la radio. El secreto del recreo y regeneración total, física y mental, consiste precisamente en estar completamente desconectado de la vida civilizada y, así, incluso la radio es un estorbo.

Pero aquel día era el 4 de noviembre. Solo una semana más tarde me enteré de que en aquel día había tenido lugar la bárbara represión del levantamiento en Hungría. Al oír aquella música y los anuncios, no tenía ni la menor idea de todo lo que estaba ocurriendo en mi patria, y tal vez si hubiera esperado unos minutos más, o si hubiera girado simplemente un poco el botón de mi aparato, me hubiera enterado de los trágicos y sangrientos sucesos que, naturalmente, me hubieran hecho suspender inmediatamente la cacería. Pero el destino no lo quiso así:

quiso ahorrarme todo disgusto, al menos de momento, y aplazar para una semana más tarde el que me enterara de todas las noticias.

Mientras esperábamos a que el calor se pasara un poco, en lugar de echarme la siesta, me dediqué a tomar notas, interrogando a Cheripalala y Riangoma sobre los nombres de los animales de la región. Al mismo tiempo, aproveché para investigar sobre la existencia de un animal legendario del que ya había leído en varios libros y cuya existencia está en entredicho por aquellas regiones, tan alejadas de toda investigación científica. Se trata de un gigantesco saurio prehistórico, sobre el cual llamó mi atención el Dr. E. Díaz y Gómez, en una carta abierta en las páginas de la revista *Caza y Pesca*, donde colaboró habitualmente.

Los libros en los que se habla de este legendario animal son los siguientes: *Living Fossils*, de Maurice Burton, y *Eighteen Years on Lake Bangweulu*, de J. E. Hughes. El autor del primero es un científico del Museo Británico de Ciencias Naturales, mientras que el segundo es un cazador profesional de gran experiencia.

Según estos libros y algunos relatos oídos a los indígenas, se supone la existencia en aquellas regiones pantanosas de un gigantesco animal acuático que parece medio rinoceronte y medio serpiente, de grandes dimensiones y cabeza con un solo cuerno. Los indígenas hablan de ello con un miedo horroroso y llevan unos amuletos para salvarse de tal monstruo. Dicen que si este monstruo alcanza alguna de las piraguas indígenas, la destroza y mata a todos sus ocupantes.

Sin embargo, a pesar de todas estas leyendas y legendarias discusiones, hasta ahora no hay nada en la literatura ni en los relatos cinegéticos fidedigno de que tal animal exista de verdad. Los mencionados autores, personas muy serias por cierto, recogen la leyenda y el nombre del animal en el dialecto indígena de la región de Bangweulu, como *Chipekwe*. Sin embargo, los nombres difieren, porque los mucussos y ganguelas le llaman *Ricongolo*.

De todos modos, la región del lago Bangweulu está bastante más al norte del Luengue y los dialectos de las tribus varían mucho.

Por otra parte, el hecho de que el famoso zoólogo y colecciónista de animales Karl Hagenbeck enviara una expedición en busca de este fósil viviente a una región pantanosa de Rodesia, casi vecina del ángulo SE de

Angola, donde nos hallábamos entonces, significa mucho, porque los alemanes, y especialmente Karl Hagenbeck, no son gente que gasten dinero para andar buscando fantasmas. La misión de Hagenbeck fracasó porque todos sus componentes enfermaron de paludismo. Esto ocurrió entre la primera y la segunda guerra mundial, allá por los años 1920..., y desde entonces, por lo visto, no se ha hecho nada para buscar la confirmación de la creencia en la existencia de tal saurio. Según M. Burton, debe tratarse de un dinosaurio del tipo de los Brontosauros.

Mi impresión personal de todo lo que he leído y de las conversaciones que a este respecto he tenido con indígenas de la región pantanosa es que se trata de una leyenda, fruto de la imaginación, porque ninguno de los indígenas a quienes interrogué de si ellos mismos o alguno de sus familiares o amigos había visto realmente a este animal pudo contestarme afirmativamente.

El mismo J. E. Hughes, que vivió 18 años en la región del lago Bangweulu, como cazador profesional, tenía un interés especial en encontrar este animal. Lo buscó personalmente durante años y años, recorriendo toda aquella región en bote y a pie, pero nunca llegó a verlo. Prometió pingües gratificaciones a los indígenas si le podían enseñar los rastros del mismo o confirmar de alguna manera su existencia, pero todo fue inútil.

Por eso no tengo ni la más mínima esperanza de poder tropezar en mis expediciones cinegéticas en aquella región con la solución del problema. Lo único a favor de la posible existencia de un fósil viviente en aquella región es el hecho de que esa parte de África es precisamente la menos explorada de todo el Continente Negro y la que menos variaciones geológicas ha sufrido en el transcurso de las épocas de la evolución de nuestro planeta. Hay animales de características paleontológicas que todavía existen en Australia, Nueva Zelanda y en el vecino océano Índico. Por lo tanto, tampoco se puede excluir definitivamente la posibilidad de que en aquellos parajes inexplorados aún pueda existir algún superviviente de otras épocas geológicas.

Y por si acaso alguno de mis lectores llega a cazar en la mencionada región, tal vez le puedan servir los nombres en dialecto mucusso-ganguela de los animales más importantes de la fauna local y que indico a continuación:

Elefante	<i>Dovu</i>	<i>Sable Antelope</i>	<i>Fumbo</i>
Rinoceronte negro	<i>Chimpanda</i>	Jirafa	<i>Bache</i>
Rinoceronte blanco	<i>NGava</i>	<i>Reedbuck</i>	<i>Ruvi</i>
León	<i>Nhime</i>	<i>Lechwe</i>	<i>Hongue</i>
Leopardo	<i>Doo</i>	Búfalo	<i>NHate</i>
Sittatunga	<i>Donie</i>	Hipopótamo	<i>Vhu</i>
Kudu	<i>Umiu</i>	Cocodrilo	<i>Gandu</i>
<i>Roan Antelope</i>	<i>Mengo</i>		

Al pasar las horas de máximo calor, seguimos nuestra exploración río abajo, muchos kilómetros más allá del *kimbu*, sin ver nada extraordinario. Nos limitamos desde luego a avanzar por las praderas que se extienden entre la orilla del río Luengue y la selva, sin adentrarnos en la espesura.

La observación general que pudimos hacer era que las veredas de los animales que regularmente debían acercarse al río para beber eran menos anchas y numerosas que en el trozo entre nuestro campamento y el poblado de Cheripalala. Las bañeras de elefantes y rinocerontes también eran menos frecuentes.

La explicación de esta disminución de la densidad de caza podía ser que dentro de la selva estos animales tuvieran agua que les gustara más que la del río, o bien, lo que era aún más probable, a la presencia de hombres de algunos *kimbus* que habíamos visto instalados en la orilla izquierda del río. Como en este recorrido las dos orillas del río estaban cubiertas de espeso cañizal de gran extensión, y probablemente con suelo fangoso, no intentamos el vadeo para visitar estos *kimbus*.

Estábamos ya a más de 60 kilómetros de nuestro campamento y hubiese sido un riesgo sin contrapartida intentar el vadeo, con la probabilidad de que el *jeep* se atascara en el fango y tuviéramos que esperar por lo menos dos días hasta que Antonio, con el Power, pudiera llegar en ayuda nuestra. Teníamos que pensar en la vuelta para llegar antes del anochecer al campamento y principalmente para no quedarnos sin gasolina, lo que podría suceder si nos alejábamos más. Además era poco probable que descubriéramos algo nuevo o interesante río abajo.



Dos antílopes negros en el bosque.

A la vuelta no paramos en el *kimbu*, sino que seguimos adelante por nuestro propio rodaje y en marcha relativamente rápida, ya que el terreno, aunque arenoso, era bastante firme.

Habíamos recorrido ya más de la mitad del camino, es decir, que nos faltaban solamente unos 20 kilómetros para llegar al campamento, cuando Francisco y Riangoma nos hicieron la acostumbrada señal de parada.

Mario y yo saltamos del vehículo, pero no pudimos ver nada. Nos subimos al capó, para estar poco más o menos a la misma altura que Francisco y Riangoma, que viajaban de pie en la caja, y solo entonces pudimos descubrir a lo lejos dos rinocerontes que venían hacia nosotros. Sus grandes cuerpos eran apenas visibles entre la maleza y solo los ojos de lince de los dos nativos pudieron distinguir desde el *jeep* en marcha el casi imperceptible movimiento entre los árboles.

Al cabo de unos segundos, Mario y yo ya pudimos ver y distinguir mejor los dos paquidermos que se acercaban tranquilamente.

Con mi aparato tomavistas me adelanté unos cincuenta pasos para aprovechar una pequeña elevación del terreno y poder filmar bien. Mario me siguió con el rifle preparado, mientras Francisco, como de costumbre, venía detrás con el .416 a mi alcance.

Con gran sorpresa vimos que uno de los rinocerontes, de tamaño muy grande, tenía el color de la piel muy claro, casi blanco, mientras que el otro era de color oscuro y de tamaño más pequeño. El viento era favorable. Nos daba en la cara y así los dos rinocerontes seguían su vereda acostumbrada, despreocupados. Esta vereda era la misma que la que nosotros habíamos seguido en dirección a ellos.

Pero la luz era contraria y además estaba utilizando el desdichado objetivo defectuoso. Sin embargo, estaba tan entusiasmado por filmar, que ni siquiera me di cuenta de que los dos paquidermos ya estaban muy cerca, tan cerca que Mario se vio obligado a hacerme señas para que nos retiráramos. Así lo hicimos y retrocedimos hasta el mismo *jeep*. Allí, afortunadamente, se me ocurrió tomar el otro aparato tomavistas, con el objetivo normal, y seguí impresionando, apoyada la espalda en el radiador del *jeep*.

Mario, bastante excitado, me dijo:

—¡Don José! ¡Nos cargan! ¡Esos dos nos van a destrozar el *jeep*!

Aparté mi aparato de la cara y al momento me di cuenta de que Mario tenía razón. Lo que en aquel instante estaba viendo no tenía nada de tranquilizador. El gran rinoceronte blanco, esta vez blanco de verdad en cuanto a color de piel se refiere, no estaba más que a unos veinte pasos, seguido de cerca por su compañero negro. Su actitud no era amistosa: orejas levantadas, mirando hacia nosotros, que estábamos perfectamente iluminados por el sol poniente y por lo tanto muy visibles incluso para los rinocerontes miopes, que a esa distancia podían oír perfectamente el zumbido del tomavistas. Lo único que faltaba era el bufido característico del rinoceronte cuando inicia la carga.

Desde luego no quería matar más rinocerontes porque ya tenía uno y precisamente aquel en cuya búsqueda había organizado la expedición. Pero la mirada de Mario era decisiva. Sus ojos me decían claramente:

"Si no tiramos ahora mismo, tendremos que huir y sacrificar el *jeep*". Comprendí y tomé el rifle. Disparamos simultáneamente a los dos, y aunque ninguno cayó, desviamos la carga inminente. Los seguimos inmediatamente, corriendo detrás de ellos y proporcionándoles los correspondientes tiros de gracia.

Me sentía disgustado y con mal sabor de boca, especialmente cuando vi que el rinoceronte grande, de color claro, era una hembra. El otro debía ser su cría, a pesar de la diferencia en el color de la piel.

La hembra era de la misma especie que el rinoceronte que había matado una semana antes, y el único consuelo que me quedaba era que, al menos, estos también servirían a los científicos para hacer un estudio más completo, al tener un macho, una hembra y una cría de la misma especie, tan discutida.

El verdadero motivo de nuestros disparos fue el peligro de la inminente carga con la posible pérdida del vehículo, sin excluir la posibilidad de una desgracia personal al tratarse de la carga simultánea de dos animales peligrosos.

Para castigo mío, la película hecha con el objetivo nuevo resultó inservible y así, aunque tenía los ejemplares abatidos, de la película no pude conservar más que los últimos momentos, antes de que se iniciara la carga, hechos con el objetivo bueno. Pero al menos así tengo en mi poder una documentación gráfica de que la inminente carga de los dos rinocerontes no es ninguna excusa o fantasía, sino la pura verdad.

Hice rápidamente unas fotografías de los dos paquidermos abatidos. Después los cubrimos con ramas porque, por lo avanzado de la hora, ya no podíamos pensar en desollarlos. Nos quedaba ya muy poco tiempo antes de la puesta del sol.

Estaba todavía ocupado con las fotografías, cuando vi a Francisco que, alarmado, corría hacia mi rifle, que había dejado apoyado en el tronco de un árbol. Al mismo tiempo, excitado, exclamó indicándome en dirección al matorral:

—Allí viene el macho!

Sin duda alguna, el gran paquidermo que habíamos visto moverse entre los arbustos debía ser el padre de la familia que llegaba retrasado hacia el río para beber y darse su baño acostumbrado. No sabíamos cuál

sería su reacción al percibir el viento mezclado, nuestro y de su familia muerta. Teníamos que estar preparados para cualquier eventualidad.

Por fin llegó a ventearnos, cuando aún estaba a unos cien metros de distancia de nuestro grupo. Su reacción fue un tremendo bufido, seguido de un arranque de rapidez inverosímil. Pero, afortunadamente, salió en dirección contraria a nosotros. Habíamos tenido suerte. He de añadir que, desde luego, hubiera sentido muy de veras si en defensa propia me hubiera visto obligado a matar un rinoceronte más.

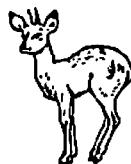
Terminado el trabajo de cubrir con ramas los dos rinocerontes para que no los descubrieran los buitres, nos dirigimos otra vez al *jeep* y continuamos nuestro camino hacia el campamento, adonde llegamos sin novedad.

Antes de cenar y acostarnos, mandé a Riangoma al *kraal* de Chacalungo con la noticia de que al día siguiente, de madrugada, se presentara con su gente para acompañarnos hasta los rinocerontes y ayudarnos a desollarlos a cambio de la carne que quedaría para ellos.

Permanecí largo rato sentado ante mi tienda de campaña, intentando aplacar mi estado de ánimo por haber matado aquellos dos rinocerontes. En la plena oscuridad, interrumpida solamente por unas descargas eléctricas muy aparatosas en el horizonte, seguidas de lejanos truenos y fuegos artificiales producidos por los millares de insectos luminosos que cruzaban por el aire, seguía sin poder librarme de mis pensamientos y mi remordimiento. Me prometí a mí mismo no matar ningún rinoceronte más.

Espero que podré mantener esta promesa y en general dedicarme en el futuro más bien a la caza de imágenes que a la caza de animales. Al fin y al cabo, filmar y fotografiar animales verdaderamente salvajes, en su propio ambiente, es un deporte que incluye las mismas emociones, o incluso mayores, que las experimentadas al matarlos.

Dos días más tarde daba por terminada mi octava expedición y emprendía el viaje de regreso hacia Humpata, a 1.700 kilómetros de distancia.



EPÍLOGO

Tengo oportunidad de leer las últimas pruebas del presente libro al llegar a Madrid, de regreso de mi novena expedición por tierras de Angola.

Durante el transcurso de esta expedición disfruté del gran honor y placer de tener como invitado al Teniente General D. Eduardo González Gallarza, entusiasta de la caza mayor. Guiar y acompañar a tan ilustre amigo; presenciar, filmar y fotografiar sus éxitos cinegéticos, alcanzados con una deportividad clásica, constituyeron para mí una satisfacción mucho mayor que si hubiese cazado yo mismo. La deportividad con que el ilustre militar soportó las durezas de una expedición a lo largo de 3.500 kilómetros; la sangre fría puesta de manifiesto ante piezas tan peligrosas como el gran búfalo negro y el rinoceronte, cuando llegado el momento y después de una larga persecución a pie nos encontramos en el centro de una manada de unos cuarenta búfalos que al sentirnos arrancaron en desbandada; o bien en otra ocasión, a pocos metros de un magnífico rinoceronte que logró abatir, fueron admirables, aunque no sorprendentes, conociendo el historial de tan glorioso militar español.

Por consiguiente, el resultado de mi labor en esta expedición es más bien fotográfico que cinegético y en conformidad con lo ya dicho en los últimos párrafos de este libro. Es, en efecto, muy interesante la inclinación de la mayoría de los cazadores deportistas, que visitan África con regularidad, por dedicarse a fotografiar y filmar la vida de los animales salvajes en lugar de matarlos.



Con este segundo tomo de *Sendas incógnitas* concluimos la publicación de las obras completas de José Fénykővi sobre sus apasionantes cacerías y expediciones en Angola en la que nos describe sus experiencias y los conocimientos sobre la fauna, el paisaje y los pueblos, adquiridos en ellas.

Colección Cacerías y
Expediciones legendarias / 8

ISBN 84-85707-55-9

